

¿Por qué Dios permite el sufrimiento?

© 2007, 2014 Iglesia de Dios Unida, *una Asociación Internacional*
Todos los derechos reservados. Impreso en E.E.U.U.
Salvo indicación contraria, las citas bíblicas son de
la versión Reina-Valera, revisión de 1960.

Contenido

Capítulo I:

3 Un mundo colmado de sufrimiento

Capítulo II:

8 Por qué un Dios amoroso permite el sufrimiento

Capítulo III:

21 Cómo puede resultar algo bueno del sufrimiento

Capítulo IV:

33 ¿Cuándo se acabará el sufrimiento?

Recuadros

4 Asiento en primera fila para contemplar el sufrimiento

14 ¿Podemos explicar todo el sufrimiento?

18 El papel que desempeña Satanás en el sufrimiento humano

23 Sucesos que forjaron el carácter de un presidente

26 "Está establecido para los hombres que mueran una sola vez"

36 Cuando caminamos por los valles de la vida

Un mundo colmado de sufrimiento

El sufrimiento no es un tema agradable, pero es necesario abordarlo. El sufrimiento es un estado de angustia o dolor que puede presentarse por muchas razones y en muchas circunstancias. El sufrimiento abunda en nuestro mundo y nos afecta de muchas formas, tanto en el aspecto físico como en el psicológico y el emocional. Sea cual sea su manifestación, un sufrimiento prolongado puede llevar a un colapso del cuerpo y del espíritu.

El sufrimiento afecta tanto a justos como a injustos, y aflige a víctimas inocentes. Para muchas personas, este hecho inquietante es incompatible con la idea de un Dios justo e inteligente.

Algunos se sienten tan afectados por esta situación que tratan de remediarla, dedicando buena parte de su energía a realizar obras de caridad con el afán de aliviar en algo el sufrimiento inmerecido. Desean hacer del mundo un lugar más justo y equitativo.

Pero a pesar de lo nobles que puedan ser estos esfuerzos, las obras de caridad no resuelven los problemas del mundo. Tal pareciera que, en el mejor de los casos, nuestros intentos por detener el sufrimiento no logran más que demorar lo inevitable. Todo indica que nadie tiene una explicación convincente de por qué persiste tanta miseria humana.

¿Cuál es la respuesta? ¿Por qué el sufrimiento es algo indiscriminado? ¿Por qué no les sobreviene solamente a aquellos que lo merecen? ¿Por qué los inocentes sufren por acciones y sucesos que no pueden controlar y con frecuencia no pueden prever?

Pensadores y filósofos han analizado este tema durante siglos, pero no han sido capaces de encontrar una respuesta adecuada. Aquellos que sufren



El barbarismo de la guerra ha causado incalculable sufrimiento no solo a sus participantes directos sino también a sus familias, seres queridos y a la sociedad entera. La historia del hombre no es más que una larga crónica de guerra.

—incluyendo a muchos que leen este folleto— necesitan respuestas verídicas y racionales a sus interrogantes.

La perspectiva bíblica es realista y alentadora

Examinemos las causas del sufrimiento desde una perspectiva bíblica. La Palabra de Dios es la clave que puede ayudarnos a descubrir las razones por las cuales la gente sufre.

La perspectiva bíblica de la vida es realista. Nos explica por qué el dolor siempre ha estado presente entre nosotros, y por qué va a seguir estándolo, al menos por algún tiempo. Además, la perspectiva bíblica es animadora, especialmente cuando expandimos nuestro pensamiento para ver la vida en términos del plan de Dios y del propósito que él tiene para la humanidad.

Jesucristo nos dice que parte de su misión es ofrecernos vida abundante (Juan 10:10). Refiriéndose a Dios, en Salmos 16:11 se habla de que hay “delicias a tu diestra para siempre”. La Biblia también nos revela cómo Dios va a aligerar nuestras cargas y cómo un día vendrá el descanso para todo el mundo. Aún más, también nos habla de una época en la que el sufrimiento desaparecerá por completo.

Pero esta no es la condición actual de la humanidad. Jesús entendió que el

Asiento en primera fila para contemplar el sufrimiento

La tecnología nos ha obsequiado un regalo de dudoso valor: la capacidad de ver a la gente sufrir en escenas en vivo, captadas por la televisión y transmitidas en los noticieros en casi todo el planeta.

Vemos cómo la gente sufre en nuestros propios vecindarios, y podemos sentarnos en primera fila para mirar cómo incontables multitudes se debaten en la miseria en todo el mundo. Los medios masivos de comunicación permiten que las noticias estén disponibles para todos, y hay ocasiones en que ni siquiera podemos escapar de ello.

Por medio de las maravillas de la comunicación moderna, vemos la brutalidad de la gente en vivo y a todo color. El horror de la guerra llega a nuestras propias habitaciones y vemos cómo la depravación de los malvados se abre paso en el escenario mundial.

En décadas recientes, los medios de comuni-

cación nos han saturado con relatos de asesinatos en serie y todo tipo de barbarie. En tiempos pasados esas cosas eran algo raro, pero ahora son demasiado comunes.

¿Cuál es el efecto de estar expuestos tan frecuentemente a semejante caudal de decadencia, sufrimiento y muerte? Uno de los efectos es el sufrimiento mental, nos demos cuenta de ello o no. La exposición constante a los abusos de gente perturbada es bastante difícil para los adultos, pero es aún más dañina para las impresionables mentes juveniles.

Aunque es imposible proteger a nuestros hijos de todos los aspectos nocivos de la sociedad, exponerlos demasiado a semejante violencia en la infancia puede hacerles mucho daño emocional. La exposición reiterada a la violencia —ya sea real o fingida— en las noticias y en el entretenimiento, nos endurece frente al verdadero sufrimiento de otros.

sufrimiento es parte inherente a la vida física, y les recordó a sus seguidores: “En el mundo tendréis aflicción . . .” (Juan 16:33).

El sufrimiento no se acabará . . . por el momento

El sufrimiento aflige al rico y al pobre, al religioso y al incrédulo, al pequeño y al grande, y en esta vida todos lo experimentamos de una forma u otra. Tal pareciera que las enfermedades y otros problemas de salud afectan a la mayoría de las personas en algún momento de sus vidas.

En el pasado, ciertas enfermedades comunes causaron inmenso sufrimiento. Pero a pesar de los adelantos de la ciencia médica, que ha logrado aumentar el promedio de vida, todos sabemos que vamos a morir. En lugar de que nuestras vidas se acorten por enfermedades mortales en los años de la infancia, muchos de nosotros tenemos que afrontar en la actualidad padecimientos extenuantes, tales como el cáncer o las enfermedades del corazón. Muchos perderán sus facultades mentales mucho antes de morir.

En las naciones más pobres, el sufrimiento y la muerte por enfermedades que se pueden prevenir causan gran miseria y desesperación.

La barbarie es responsable de gran parte del sufrimiento mental y físico en nuestro mundo. Nada hay que reduzca al hombre a la crueldad brutal más rápidamente que la guerra, y el hombre siempre ha estado en guerra contra su semejante. Hace unas pocas décadas los historiadores Will y Ariel Durant escribieron que en 3421 años de historia escrita, “tan solo 268 no han visto la guerra” (*The Lessons of History* [Lecciones de la historia], 1968, p. 81).

La guerra no solo provoca muertes y heridas incapacitantes en el campo de batalla, sino que produce gran congoja, destruye familias y causa pobreza. Además, siembra semillas de enemistad que perduran por siglos. Jesús profetizó que antes de su regreso ocurrirá el período de sufrimiento más grave que haya existido, debido en gran parte a la guerra (Mateo 24:6, 21-22).

Después del horror de las guerras libradas en la primera parte del siglo XX, con sus consecuencias mundiales, la humanidad ha gozado de un período de paz relativa por cuanto los conflictos que se han presentado desde entonces han sido locales y no globales. Sin embargo, nada ha cambiado en la naturaleza humana que ofrezca una esperanza real para el futuro.

Cuando el sufrimiento es constante

El sufrimiento es mayor en las naciones más pobres y en vías de desarrollo. En algunos países, la peor lucha de la gente consiste en conseguir lo necesario para comer. Estadísticas de las Naciones Unidas revelan que 925 millones de personas sufren los efectos del hambre crónica, y que cada cinco segundos muere un niño de hambre o de enfermedades relacionadas con ella. Según el Banco Mundial, 1 000 millones de personas ganan menos de un

dólar al día, y casi la mitad de la población mundial sobrevive con menos de dos dólares diarios.

Jesús dijo en Mateo 26:11: “Porque siempre tendréis pobres con vosotros”. Esto desafortunadamente es cierto no tan solo en las zonas pobres de África, Asia y Latinoamérica, sino virtualmente en todo el mundo. La existencia de la pobreza y la desnutrición es algo trágico, y más todavía cuando sabemos que esta clase de sufrimiento es *evitable*.

La ineptitud política, la corrupción, la guerra y el rápido crecimiento de la población agotan las reservas alimenticias de tal manera, que producen hambre e inanición. Los ineficaces métodos de cultivo y los inadecuados sistemas de transporte de alimentos son factores que contribuyen a las carestías y hambrunas propiciadas por el hombre. También tienen parte en esto las condiciones que escapan al control humano.

El hambre y las enfermedades son males que van a empeorar, aun en el caso de que se logren tomar medidas exitosas a corto plazo. Jesús profetizó una época de dificultades en “el fin del siglo” (Mateo 24:3), que incluiría una hambruna mundial, y que habría “pestes, y hambres, y terremotos en diferentes lugares” (v. 7).

Diversas pestes —enfermedades epidémicas— acompañan con frecuencia al hambre. Cuando se producen terremotos devastadores, especialmente en las naciones pobres, una infraestructura seriamente dañada impide la distribución de alimentos en las zonas afectadas. Pronto las enfermedades y el hambre cobran su cuota de muerte.

Aunque las guerras acaparan los titulares, la cifra de muertes causadas por los conflictos armados es relativamente pequeña en comparación con la de quienes mueren a consecuencia de las enfermedades. Según algunos cálculos, tan solo en África las víctimas del sida superan 10 veces en número a las que mueren por la guerra en todo el mundo.

El hombre propaga voluntariamente el sufrimiento

Aunque el sufrimiento producido por las enfermedades y la carestía de alimentos es descomunal, la codicia desenfrenada trae consigo un sufrimiento aún mayor. La esclavitud, por ejemplo, supuestamente una institución anacrónica y obsoleta, todavía es un cáncer en muchas naciones.

Las Organización de las Naciones Unidas estima que actualmente más de 12 millones de personas viven en condiciones de esclavitud; sin embargo, otras organizaciones creen que la cifra exacta de esclavos supera el doble de dicha cantidad. El noticiero *Time* informa que “decenas de millones de personas en todo el mundo, incluso niños de no más de 6 años de edad, están trabajando como esclavos en condiciones infrahumanas y peligrosas que con frecuencia comprenden jornadas laborales de 18 horas, palizas y abuso

sexual”.

Muchas más, aunque no están retenidas en contra de su voluntad, viven virtualmente en esclavitud, atrapadas por circunstancias económicas y largas jornadas que escasamente les permiten sobrevivir. Tales condiciones oprimen el espíritu humano. Imaginémosnos la existencia carente de gozo de estas personas, que jamás logran disfrutar de placeres sencillos como escuchar buena música, la alegría del buen humor, estrenar ropa nueva, o el consuelo de tener un techo seguro bajo el cual poder resguardarse.

La avaricia cobra su cuota de muerte en formas mucho más sutiles. Los propagandistas ofrecen productos que pueden arruinar nuestra salud y hasta matarnos. El mundo de la farándula promueve estilos de vida arrogantes y egoístas que solo persiguen placeres efímeros, a pesar de que éstos destruyen las relaciones personales y las oportunidades de ser felices a largo plazo. Algunos comerciantes, fabricantes y gobiernos contaminan el aire, el suelo y el agua con toxinas que amenazan la salud y el bienestar. La lista de males parece interminable.

¿Cambiará el panorama alguna vez?

Cuando Jesucristo vivió en este mundo hace 2 000 años, vio este cuadro de miseria. Fue testigo de las súplicas de los leprosos, de las viudas necesitadas y de las personas con trastornos mentales graves, y reaccionó compasivamente para aliviar la miseria.

La preocupación y compasión de Jesús fueron evidentes cuando lloró abiertamente a medida que se aproximaba a Jerusalén por última vez (Lucas 19:41-44). Él podía prever la angustia que la guerra traería sobre su amada ciudad y sus habitantes en el año 70 d.C., cuando un alzamiento judío provocaría que los ejércitos romanos sitiaran la ciudad con terribles consecuencias.

Él proclamó: “El Espíritu del Señor está sobre mí, por cuanto me ha ungido para dar buenas nuevas a los pobres; me ha enviado a sanar a los quebrantados de corazón; a pregonar libertad a los cautivos, y vista a los ciegos; a poner en libertad a los oprimidos” (Lucas 4:18). Estas promesas todavía no se han cumplido para toda la humanidad, pero Dios nos asegura que acabará con el sufrimiento en general durante el reinado milenario de Cristo, y que finalmente lo eliminará por completo (Apocalipsis 21:4).

En las próximas páginas descubriremos cómo y cuándo sucederá esto. Pero para entender cómo se acabará el sufrimiento, debemos entender cómo empezó y por qué continúa.

Por qué un Dios amoroso permite el sufrimiento

En su libro *The Quest for God* (En busca de Dios), el escritor e historiador británico Paul Johnson escribió acerca de uno de los mayores dilemas teológicos de la humanidad. “Más que cualquier otra dificultad, sospecho que el problema del mal es el responsable de que más personas reflexivas se aparten de la religión” (1996, p. 61).

Muchas personas creen que si Dios en verdad es un Dios de amor y de misericordia, debería sentirse obligado, por su propio carácter y principios, a impedir el sufrimiento en el mundo. Esto nos lleva a una pregunta muy interesante: ¿por qué Dios no interviene para impedir el sufrimiento?

El mal que Dios permite, y las tragedias que decide no impedir, llevan a muchos a dudar de su sabiduría, su bondad y hasta de su existencia misma. Algunos ateos esgrimen la existencia del mal como su carta de triunfo en los debates acerca de la existencia de Dios. Julian Huxley, biólogo y escritor inglés, opinaba que la existencia del mal “es un desafío al carácter moral de Dios” (*Religion Without Revelation* [Religión sin revelación], 1957, p. 109).

Huxley concluyó que no existían ni revelación divina ni Revelador divino. (Para comprobar que Dios es real y que la evolución es una fábula, le recomendamos dos folletos gratuitos: *¿Existe Dios?* y *Creación o evolución: ¿Importa realmente lo que creamos?*)

¿Por qué permite Dios el mal? Cualquiera que haya sentido algún dolor o haya experimentado alguna tragedia se lo ha preguntado. Teólogos, filósofos, historiadores y científicos han discutido el tema. Veamos algunas de sus conclusiones.

¿Un Dios malo y un Dios bueno?

Marción, un maestro gnóstico del segundo siglo, creía que “había dos Dioses rivales: uno, el creador tirano y dador de la ley del Antiguo Testamento; el otro, el desconocido Dios de amor y misericordia que envió a Jesús para que comprara la salvación al Dios creador” (*Webster Encyclopedia* [Enciclopedia Webster], edición en un solo tomo, 1985, p. 561).

Desde la perspectiva de Marción, el Dios legislador era el responsable del dolor y del mal, y la tarea del Salvador era rescatar al mundo del dolor y el mal

causados por ese Dios. Irónicamente, su errada perspectiva fue modificada y refinada por otros, y gradualmente fue echando raíces en la doctrina sostenida por la corriente principal del cristianismo, donde su influencia ha generado confusión y malentendidos hasta nuestros días.

Muchos suponen que Dios interviene furiosamente para castigarnos cada vez que nos salimos de la línea, cuando la realidad es que generalmente nos permite sufrir las consecuencias de nuestro comportamiento egoísta e irreflexivo

(ver Jeremías 2:19; 10:23). La mayoría de la gente no se da cuenta de que Dios no tiene que intervenir directamente cada vez que pecamos y que las leyes espirituales que puso en vigencia tienen el poder para castigarnos cuando las violamos.

¿Es obra de Dios?

Los historiadores se han enfrentado a la aparente contradicción de un mundo creado por Dios, pero repleto de maldad. Según el

historiador Arnold Toynbee, “una de las conclusiones que han sacado los espectadores humanos de la maldad moral del universo es que esta cámara de horrores no puede ser hechura de ningún Dios” (*A Study of History* [Estudio de la historia] versión abreviada, 1957, X:300).

Toynbee reconoció que gran parte del sufrimiento del mundo es causado por el mal gobierno de los déspotas. Las Escrituras nos muestran que Dios puede deponer a los hombres impíos (Daniel 2:21), pues humilló y destruyó al rey Nabucodonosor de Babilonia, el monarca más poderoso de su época. La autoridad de Nabucodonosor era de tal magnitud, que “a quien quería mataba, y a quien quería daba vida” (Daniel 5:18-19). Sin embargo, Dios lo humilló y le quitó completamente su poder durante siete años.

¿Por qué Dios no hace esto con más frecuencia? Nabucodonosor, con todo su poder y su arrogancia, causó solo una minúscula parte de la miseria que algunos dictadores han infligido a sus semejantes en nuestra época.

El físico Paul Davies reflexiona acerca de este argumento del bien con-



Gran parte del sufrimiento de la humanidad ha sido causado por líderes corruptos y crueles como Adolfo Hitler, José Stalin y Mao-Tse-Tung, cuya tiranía provocó la muerte de millones de seres humanos.

tra el mal y se pregunta por qué Dios, siendo todopoderoso, no interviene y detiene el mal. A la vez se pregunta: “¿Puede Dios prevenir el mal? Si es omnipotente, sí. Entonces ¿por qué no lo hace?” (*God and the New Physics* [Dios y la nueva física], 1983, p. 143).

Las preguntas de Davies son muy razonables. ¿Es Dios impotente ante el sufrimiento? Si él existe, ¿por qué no actúa para quitar todo mal y dolor de la faz de la Tierra? Estas preguntas son inquietantes, pero no porque sean difíciles de contestar; son incómodas porque las respuestas no son las que quisiéramos oír.

La verdad de este asunto nos obliga a reconsiderar las ideas que tenemos acerca de Dios y de su plan y propósito para con nosotros. Cuando los entendemos correctamente, entendemos que Dios tiene sus razones por las cuales no actúa ahora.



Dios permite que el sufrimiento continúe por varias razones, que podemos encontrar comparando las abundantes escrituras bíblicas sobre este tema. Entre las causas principales del sufrimiento se cuentan nuestras propias decisiones y acciones.

¿Un propósito más grande?

¿Por qué Dios simplemente no prohíbe el mal? Para entender la respuesta, debemos analizar las consecuencias que podría acarrear una acción semejante.

Comprender por qué Dios permite el mal y sus consecuencias requiere entender a cabalidad uno de los dones más grandes que Dios nos ha otorgado, así como también cuánto ha abusado el hombre de él. El don al que nos referimos es *el libre albedrío*, o como se conoce más popularmente, *la libertad de escoger*. Dios les dio esta libertad a nuestros primeros padres, Adán y Eva, al momento de crearlos, pero con el correr de los siglos nosotros hemos profanado horriblemente este incomparable don y echado por tierra la responsabilidad tan inmensa que nos impone.

Tal como Dios le explicó a la antigua nación de Israel, la libertad de escoger es esencial para el desarrollo de un carácter justo (Deuteronomio 30:15-19). Sin la libertad de escoger no seríamos más que robots cuya conducta

hubiese sido programada de antemano o dictada en todos sus detalles por una fuerza externa tan poderosa como Dios mismo.

Pero esto no es lo que Dios quiere. Él tiene expectativas diferentes porque tiene un propósito más grande para nosotros y quiere que optemos voluntariamente por *obedecerle desde el fondo de nuestro corazón*. Él *desea* que amemos y atesoremos con entusiasmo sus principios y sus caminos, los cuales están basados en dos principios fundamentales: amarlo a él con todo nuestro corazón, y amar a nuestros semejantes tanto como nos amamos a nosotros mismos (Mateo 22:35-40).

Como veremos, escoger ser obedientes a Dios y aprender a amar a los demás, aún cuando tengamos la opción de no hacerlo, es fundamental para el futuro que Dios tiene planeado para nosotros.

Diferentes niveles al tomar decisiones

De todas las criaturas que Dios ha hecho, solo el hombre tiene la facultad de escoger. Los seres vivos más sencillos, tales como los microbios y los insectos, están preprogramados para reaccionar de cierta forma ante determinados estímulos. Se comportan de acuerdo con su ambiente y no tienen la capacidad independiente de tomar decisiones como en el caso del hombre.

Las acciones de los seres vivos más complejos, tales como los mamíferos, también son gobernadas en gran parte por el instinto, aunque ellos pueden tomar decisiones rudimentarias cuando reaccionan a los estímulos y tienen que adaptarse a ciertas situaciones.

Solo los humanos tienen conciencia del tiempo. Eclesiastés 3:11 nos dice que Dios “ha puesto eternidad en el corazón de ellos”. En otras palabras, podemos reflexionar acerca del futuro; podemos tomar decisiones y planear nuestras vidas con meses y años de anticipación; y podemos estudiar el pasado porque tenemos un sentido de la historia. Aprendemos lecciones de nuestras experiencias y de las experiencias de otros. Dios nos dio la capacidad de tomar decisiones por adelantado, dotándonos con capacidades únicas dentro de su creación física.

Dios diseñó a los seres humanos de tal forma que pudieran *tomar decisiones*. Sin embargo, nunca hemos aprendido a tomar decisiones que invariablemente sean *sabias y bien informadas*. No hemos aprendido a manejar efectivamente nuestras emociones, motivaciones y deseos, ni tampoco la influencia que todo esto ejerce en nuestras decisiones.

El primer caso de libertad de elección

Nuestra libertad de elegir puede dar como resultado algo bueno o algo malo. Dios nos dio la libertad de reaccionar de dos maneras: buscando el bien con la intención de ayudar a nuestros semejantes, o actuando de manera egoís-

ta e interesada, lo cual puede causarnos daño a nosotros y a los demás.

Con frecuencia ejercemos nuestra libertad de elección mediante decisiones equivocadas, y tenemos que afrontar consecuencias que en ocasiones se manifiestan como castigos inesperados. Esto no es algo nuevo: ocurrió por primera vez con Adán y Eva en el huerto del Edén.

Dios había colocado dos árboles en el huerto. Uno era el árbol de la vida y el otro era el árbol del conocimiento del bien y del mal (Génesis 2:9). Dios le dijo a Adán que podía tomar del primero, pero que no debía tomar del segundo. “De todo árbol del huerto podrás comer; mas del árbol de la ciencia del bien y del mal no comerás; porque el día que de él comieres, ciertamente morirás” (vv. 16-17).

Como se nos explica en el libro de Apocalipsis, el árbol de la vida simbolizaba la obediencia a Dios, que finalmente conduciría a la vida eterna (Apocalipsis 2:7; 22:1-2). El otro árbol —el del conocimiento del bien y del mal— representaba el rechazo al camino de Dios. Esta opción conduciría finalmente a la muerte.

Al ser tentada por la serpiente, Eva ejerció el libre albedrío de manera imprudente, y fue engañada (2 Corintios 11:3). Dejó que su percepción humana la desviara de la obediencia a las instrucciones de Dios. El apóstol Pablo nos dice que aunque Adán no fue engañado (1 Timoteo 2:13-14), claramente permitió que su esposa lo persuadiera para acompañarla en su desobediencia a Dios (Génesis 3:17).

El hecho de que Adán no fuera engañado lo hizo aún más culpable de lo sucedido y Dios lo hizo a él más responsable que a Eva. Sin embargo, actuaron juntos y decidieron prestar oído a la serpiente y seguir lo que ella les decía (Génesis 3:1-6). La serpiente aparece identificada en las Escrituras como el diablo y Satanás (Apocalipsis 12:9).

Adán y Eva cosecharon las consecuencias de su pecado. Dios les dijo que morirían —lo que ocurrió después—, pero la consecuencia inmediata fue que los expulsó del huerto y les cortó el acceso al árbol de la vida.

Ahora ellos tendrían que abrirse camino por su cuenta en medio de un mundo muy difícil (Génesis 3:22-24). Fueron dejados a merced de su propio juicio desvirtuado (v. 6), y a partir de entonces su vida incluiría dolor, pesadumbre y duro trabajo por haberse rebelado contra las claras instrucciones de Dios (vv. 16-19).

Miles de años más tarde, el apóstol Pablo escribió que “la creación fue sujeta a vanidad” y a “la esclavitud de corrupción” (Romanos 8:20-21). Sin lugar a dudas se estaba refiriendo a las condiciones que comenzaron con los acontecimientos en el Edén. Desde entonces “todos pecaron” (Romanos 3:23; 5:12) y han cosechado el castigo en que incurrieron Adán y Eva.

Muchas personas desdeñan la Biblia porque contiene muchos relatos

acerca de personas que se comportaron mal. Pero están incluidas en las Escrituras porque éstas son un relato histórico de la vida pecaminosa que el hombre escogió cuando rechazó los mandamientos de Dios, cosechando por ello las consecuencias.

Dios inspiró el registro de las lecciones del Antiguo Testamento para que pudiéramos aprender de las experiencias de otros (1 Corintios 10:6, 11). Aunque el Nuevo Testamento contiene lecciones similares para nosotros, está más enfocado en el mensaje del Reino de Dios y en las buenas noticias de la dádiva que Dios nos extendió para salvarnos de nuestros pecados: Jesucristo su Hijo (Juan 3:16). También nos revela cómo, finalmente, van a cesar el dolor y el sufrimiento.

Elegir entre las bendiciones y las maldiciones

Cerca de 2500 años después de Adán y Eva, Dios les ofreció a los israelitas un descanso real del sufrimiento. Comenzó a trabajar con ellos mientras estaban todavía en esclavitud en Egipto y prometió no solamente liberarlos de la esclavitud, sino darles además la oportunidad de ser un modelo de nación que otras querrían imitar (Deuteronomio 4:5-8).

Como parte de su pacto con Dios, ellos tendrían que obedecerlo (Éxodo 19:5). Les dio instrucciones acerca de los preceptos fundamentales de su ley espiritual y eterna: los Diez Mandamientos (Éxodo 20; Deuteronomio 5). Les dio leyes y estatutos adicionales, los cuales encontramos especialmente en los cinco libros escritos por Moisés (el Pentateuco).

Entonces les dijo: “. . . esta es vuestra sabiduría y vuestra inteligencia ante los ojos de los pueblos, los cuales oirán todos estos estatutos, y dirán: Ciertamente pueblo sabio y entendido, nación grande es esta” (Deuteronomio 4:6).

Dios les dijo a los israelitas que tenían la libertad de escoger entre dos formas de vida. “A los cielos y a la tierra llamo por testigos hoy contra vosotros, que os he puesto delante *la vida y la muerte, la bendición y la maldición; escoge, pues, la vida*, para que vivas tú y tu descendencia; amando al Eterno tu Dios, atendiendo a su voz, y siguiéndole a él; porque él es vida para ti, y prolongación de tus días . . .” (Deuteronomio 30:19-20).

Dios les dijo que si lo obedecían tendrían muchas bendiciones (Deuteronomio 28:2), pero que si le desobedecían recibirían muchas maldiciones (vv. 15-68). Estas últimas son casi idénticas al dolor y sufrimiento que estamos experimentando en las naciones modernas. Algunos de estos males afectarían a toda la nación; otras aflicciones serían personales, tanto físicas como mentales.

Desgraciadamente, Israel desobedeció y tuvo que afrontar las consecuencias llenas de sufrimiento que Dios le había advertido: catástrofes agrícolas, pobreza, problemas familiares, falta de salud, crímenes y violencia, derrotas

¿Podemos explicar todo el sufrimiento?

Tal vez lo más difícil de entender acerca del sufrimiento es no saber por qué llega. Debemos entender que hay tragedias que pueden ocurrir sin que podamos prevenirlas ni controlarlas. Las Escrituras nos exhortan a orar en tales circunstancias, a pedirle a Dios que quite o que alivie un poco el problema, o que nos ayude a afrontar la dificultad y sacar provecho de ella.

En su sabiduría, nuestro Creador no siempre nos da la respuesta que queremos. Es raro que él nos revele la razón específica de las decisiones que toma, sin embargo, siempre tiene buenas razones.

Por ejemplo, Dios liberó al apóstol Pablo de muchas dificultades, pero al menos en una ocasión no lo hizo, a pesar de las súplicas de Pablo (2 Corintios 12:7-10). En esa ocasión su respuesta a Pablo fue: "Bástate mi gracia; porque *mi poder se perfecciona en la debilidad*".

En ese caso, fortalecer un aspecto espiritual de la perspectiva de Pablo o de su carácter era más importante que su bienestar físico.

Este ejemplo debe ayudarnos a entender que la perspectiva de Dios es distinta a la nuestra (Isaías 55:8-9; 2 Pedro 3:8). Algunas veces él considera que las lecciones de carácter que necesitamos aprender son más importantes que nuestro bienestar físico y mental. En dichas ocasiones no debemos pensar que Dios no escucha nuestras oraciones, porque sí lo hace. Lo que ocurre es que algunas veces no queremos aceptar su respuesta, que nos dice "no", o "no por ahora", o, como en el caso del apóstol Pablo: "Tengo en mente algo mejor para ti".

Necesitamos estar conscientes de que Dios nos ha prometido no probarnos más allá de lo que podemos resistir (1 Corintios 10:13). Pablo nos dio un ejemplo extraordinario: simplemente confió en la sabiduría de Dios y decidió continuar haciendo la labor que él lo había llamado a hacer.

Si estamos abrumados por el sufrimiento y

Dios no nos lo quita —especialmente cuando las circunstancias se escapan de nuestro control— debemos seguir el sabio consejo que nos da Pedro: "De modo que los que padecen según la voluntad de Dios, encomienden sus almas al fiel Creador, y hagan el bien" (1 Pedro 4:19).

Veamos el sufrimiento específico que Pedro tenía en mente: "Si sois vituperados por el nombre de Cristo, sois bienaventurados, porque el glorioso Espíritu de Dios reposa sobre vosotros . . . Así que, ninguno de vosotros padezca como homicida, o ladrón, o malhechor, o por entremeterse en lo ajeno; pero si alguno padece como cristiano, no se avergüence, sino glorifique a Dios por ello" (vv. 14-16).

Si el sufrimiento de cada persona pudiera ser rastreado hasta su propia transgresión de una ley específica, sería más fácil entenderlo y aceptarlo como una justa consecuencia, pero es muy raro que algo así sea tan simple.

Al darnos libertad de elección, Dios nos ha permitido que aceptemos o rechacemos su guía, que escojamos rebelarnos o someternos, tomar decisiones sabias o decisiones imprudentes. Al hacerlo así, no ha decidido nuestro futuro.

Tenemos libertad para manejar nuestro automóvil descuidadamente o después de haber bebido demasiado, libertad para llenar de toxinas nuestro medio ambiente, libertad para comer sin cuidar nuestra salud, etc. Cada uno de nosotros tiene esta libertad, y lo mismo ocurre con todos nuestros semejantes. Todas nuestras acciones —y las de ellos— tienen consecuencias. La libertad para escoger es un don maravilloso, pero también nos impone una gran responsabilidad que no hemos cumplido muy bien, como lo evidencia nuestro mundo doliente.

Esto nos permite entender un poco por qué gente inocente, incluso niños, algunas veces sufren por las decisiones erróneas de otros. En esas ocasiones es cuando más necesitamos del amor y el consuelo de Dios, de nuestra familia y

de nuestros amigos.

Ninguno de nosotros es inmune a las consecuencias de las acciones nuestras o de los demás. Tanto la persona que contrae una enfermedad de origen indeterminado, como el pequeño niño que nace con una enfermedad congénita, tienen que sufrir por ello, aunque no sea neces-



Aunque las causas del sufrimiento a menudo pueden rastrearse hasta ciertas acciones y decisiones específicas, algunas veces es simplemente imposible saber por qué ocurren tantas tragedias.

sariamente porque hayan hecho algo indebido.

Aquellos que resultan heridos o muertos en accidentes o en desastres naturales, con frecuencia son víctimas inocentes. No todo el sufrimiento es consecuencia de la desobediencia personal o de un comportamiento irresponsable de la persona que sufre. Aun en los Diez Mandamientos Dios nos recuerda que las consecuencias de nuestras acciones erróneas pueden afectar a nuestros descendientes por varias generaciones (Éxodo 20:5).

Con frecuencia, la causa específica de cierto sufrimiento no puede ser explicada, al menos no en esta vida. A veces lo mejor que podemos hacer es explicarlo según el concepto que en la

Biblia se menciona como “tiempo y ocasión” (Eclesiastés 9:11). Aunque Dios no es quien causa los accidentes, tampoco se dedica a gobernar la vida de cada ser humano hasta el punto de impedir toda desgracia. Pablo nos dice que “. . . vemos por espejo, oscuramente” (1 Corintios 13:12). En esta vida nunca entenderemos completamente algunas cosas; solo podremos hacerlo en el mundo venidero.

Debemos darnos cuenta de que el sufrimiento que se produce como resultado del “tiempo y ocasión” no es un sufrimiento sin causa. Tal vez no esté relacionado con un comportamiento específico; no obstante, es consecuencia de uno o más patrones de conducta que la humanidad ha seguido desde la creación.

Al pecar, Adán escogió apartarse de Dios, y desde entonces el resto de la humanidad ha seguido el mismo camino. “Por tanto, como el pecado entró en el mundo por un hombre, y por el pecado la muerte, así la muerte pasó a todos los hombres, por cuanto todos pecaron” (Romanos 5:12).

Una de las consecuencias de la decisión que la humanidad tomó de vivir contrariamente a las instrucciones de Dios, es que el mundo está a merced de los caprichos del “tiempo y ocasión”, y de las acciones de otros. Este patrón prevalecerá hasta que Jesucristo regrese a establecer el Reino de Dios en la Tierra. Entonces el mundo entero será lleno del conocimiento de Dios y de sus justas leyes (Isaías 11:9). Finalmente, toda la humanidad podrá vivir en un mundo justo y recto.

militares e incluso el cautiverio, entre otras.

Después de varios siglos en que los israelitas ejercieron su libertad de elección —durante los cuales optaron una y otra vez por rechazar los caminos de Dios y hacer las cosas a su manera— fueron sometidos nuevamente al cautiverio.

Causa y efecto: un principio que se pasa por alto

Con frecuencia Dios ha tratado de que el hombre comprenda el principio fundamental de que *no hay efecto sin causa*. Pero nos cuesta captarlo, y continuamente tenemos que sufrir los efectos nocivos de nuestras transgresiones.

Podemos ver que el origen de muchas tragedias y mucho sufrimiento han sido nuestras acciones y decisiones humanas. En un mundo con libertad de elección, algunas decisiones necesariamente nos conducen a resultados nefastos y dolorosos.

Las acciones inevitablemente traen consecuencias. Muchas personas reconocen la realidad del dicho: “Todo lo que el hombre sembrare, eso también segará”, pero no saben que esto lo dice la Biblia (Gálatas 6:7). Hace miles de años uno de los amigos de Job —no ajeno al sufrimiento— dijo que aquellos “que aran iniquidad y siembran injuria, la siegan” (Job 4:8).

Cuando analizamos el fenómeno del sufrimiento, podemos aprender mucho si seguimos las circunstancias hasta encontrar su causa. Proverbios 22:3 nos exhorta a que reflexionemos acerca de las consecuencias que tendrán nuestras acciones a largo plazo: “El prudente ve el peligro y lo evita; el inexperto sigue adelante y sufre las consecuencias” (Nueva Versión Internacional).

Cuando buscamos las principales causas del sufrimiento, con frecuencia no es necesario ir más allá de nosotros mismos, es decir, de las decisiones y acciones de las personas y de la humanidad en general. En una forma u otra, la causa subyacente es *el pecado*, y el efecto es *el sufrimiento*.

Causas del sufrimiento

Las naciones y los individuos sufren mucho debido a la ignorancia y la desobediencia a las mismas leyes espirituales que Israel desobedeció. Los mandamientos de Dios son preceptos vivos, con aplicación *universal*, que cuando se obedecen producen beneficios y cuando se desobedecen acarrear castigo. Las Escrituras nos dicen que aquellos que aman la ley de Dios tienen “mucha paz” (Salmos 119:165), pero el camino del impío y del infiel es muy difícil (Proverbios 13:15).

La Biblia señala que muchas de nuestras experiencias difíciles y dolorosas son el resultado directo del pecado. Una de éstas, por ejemplo, es la agresión militar. El apóstol Santiago nos dice cuál es el origen del conflicto armado: “¿De dónde vienen las guerras y los pleitos entre vosotros? ¿No es de vuestras

pasiones, las cuales combaten en vuestros miembros? Codiciáis, y no tenéis; matáis y ardéis de envidia, y no podéis alcanzar; combatís y lucháis . . .” (Santiago 4:1-2).

Estas palabras se aplican tanto a las naciones como a las personas, ya que las naciones son simplemente grupos de personas que buscan sus propios intereses. Los agresores van a la guerra con el deseo de aumentar su poder, prestigio y riqueza. Al hacerlo se ponen en contra de la ley, la ética, la moral y la paz. Matan y despojan para lograr sus fines, aplicando los principios de que el poderoso es quien fija las reglas del juego, y de que al vencedor le pertenece el botín.

El historiador Will Durant entendía esta tendencia humana cuando escribió: “Las causas de la guerra son las mismas causas de la competencia entre los individuos: el deseo de adquirir, el espíritu contencioso y el orgullo; el deseo de obtener alimentos, tierra, bienes materiales, combustible y dominio” (*The Lessons of History* [Lecciones de la historia], 1968, p. 81).

Irónicamente, las naciones que libremente eligen la violencia, y por consiguiente la guerra, con frecuencia heredan una maldición similar a la de las naciones que destruyen. Jesús expresó esto cuando afirmó: “. . . todos los que tomen espada, a espada perecerán” (Mateo 26:52). La historia es una crónica de una sucesión de imperios que conquistan y son conquistados. Mientras el hombre siga insistiendo en escoger el camino de la desobediencia a Dios, está condenado a perpetuar este círculo vicioso.

Las decisiones traen consecuencias

Muchas formas de sufrimiento son simplemente las consecuencias inevitables de decisiones personales. Por ejemplo, en muchas naciones industrializadas todavía persisten zonas de pobreza, a pesar de las descomunales sumas de dinero que se invierten para combatir el problema.

Con frecuencia podemos seguir la pista de la pobreza en las decisiones individuales. Los jóvenes abandonan sus estudios y dejan a medias su educación, asegurándose así una vida de empleos difíciles, salarios bajos, dificultad financiera y ambiciones frustradas.

Muchos adolescentes tienen relaciones sexuales y como resultado miles de jovencitas tienen bebés fuera del matrimonio, gran parte de los cuales nunca conocerán a sus progenitores. Los estudios muestran que los niños abandonados por sus padres son más propensos a consumir drogas, alcohol y tabaco a muy temprana edad, a adoptar un comportamiento criminal y a su vez volverse sexualmente promiscuos, trayendo sufrimiento a sí mismos y a otros.

Muchas madres jóvenes —frecuentemente solteras porque los padres huyen de su responsabilidad— se encuentran atrapadas en trabajos con muy bajos salarios, con hijos pequeños que mantener, y dependiendo de la ayuda

El papel que desempeña Satanás en el sufrimiento humano

En muchos grupos sociales no está de moda creer en Satanás, y aunque para la mayoría de las personas sí existe, no lo consideran un ser vivo literal. Para muchas personas el “diablo” no es más que una metáfora de la inhumanidad del hombre para con su prójimo, o un símbolo de la maldad en general.

No obstante, en la Biblia se presenta a Satanás como a un ente real, un poderoso ser espiritual que puede hacer mucho daño. Y puesto que tantas personas no creen en un diablo literal, tampoco reconocen el papel que desempeña en el sufrimiento humano. De hecho, aceptémoslo o no, su engaño de la humanidad es *la causa principal* de la angustia y desgracia que agobian a nuestro mundo.

En la Biblia se nos revela claramente la magnitud del poder y la influencia de Satanás. El apóstol Juan nos dice que el diablo “*engaña al mundo entero*” y que “el mundo entero está bajo el maligno” (Apocalipsis 12:9; 1 Juan 5:19). Y cuando el apóstol Pablo escribió que “el dios de este siglo cegó el entendimiento de los incrédulos, para que no les resplandeciera la luz del evangelio de la gloria de Cristo”, se estaba refiriendo a Satanás (2 Corintios 4:4).

El apóstol Pedro advirtió a los cristianos que su adversario “el diablo, como león rugiente, anda alrededor buscando a quien devorar” (1 Pedro 5:8). En la parábola del sembrador y la semilla, Jesús dijo que tan pronto como a muchas personas se les expone el mensaje de Dios, “en seguida viene Satanás, y quita la palabra que se sembró en sus corazones” (Marcos 4:15). Este malévolo ser ciego a la humanidad para que no reciba el consuelo, el estímulo, las promesas y la liberación que provienen de la verdad de Dios.

Aprovechándose de la ceguera e ignorancia en que se le ha permitido envolver a este mundo, Satanás es el instigador de inmenso sufrimiento. Ha cegado al hombre para que no entienda la razón de su propia existencia, y ha engañado a las personas para que crean que sus caminos —los caminos del egoísmo y del pecado— son mejores

que la obediencia a los mandamientos de Dios. La humanidad se ha tragado las mentiras de Satanás sin darse cuenta de que el pecado siempre trae gran sufrimiento.

A lo largo de la historia, la influencia del diablo ha llevado al hombre a satisfacer sus apetitos físicos de una manera ilegal e inmoral. Utilizó sus artimañas con éxito en el huerto del Edén y desde entonces su estrategia ha funcionado maravillosamente, y como resultado, todos hemos sufrido.

Jesús dijo que el diablo “ha sido homicida desde el principio” (Juan 8:44). Su propósito siempre ha sido hacernos la vida miserable y, finalmente, destruirnos. Es destructivo por naturaleza, y quienes cometen actos destructivos lo siguen sin saberlo. En Apocalipsis 9:11 se le llama el “ángel del abismo, cuyo nombre en hebreo es Abadón, y en griego, Apolión”. Estos nombres significan “*destrucción*” y “*destructor*”, respectivamente. A diferencia de Dios, quien es el creador y dador de la vida, Satanás es por su propia naturaleza asesino y destructor.

Satanás es el instigador de las guerras y otros conflictos. En el Apocalipsis leemos que en los tiempos del fin “espíritus de demonios” harán “señales” e irán “a los reyes de la tierra en todo el mundo, para reunirlos a la batalla de aquel gran día del Dios Todopoderoso” (Apocalipsis 16:4). Satanás y sus demonios llevarán al mundo a un tiempo de angustia sin precedentes en la historia de la humanidad (Mateo 24:21-22). ¡Será un tiempo de sufrimiento inimaginable!

Al leer estos pasajes podemos darnos cuenta de que Satanás ejerce un tremendo poder sobre la humanidad. Dios, sin embargo, establece límites al poder e influencia que el diablo puede ejercer entre los hombres (Job 1:12; 2:6). No permitirá que Satanás impida el cumplimiento de su plan maestro de salvación para la humanidad. Siendo nuestro Padre y “Señor del cielo y de la tierra” (Mateo 11:25), Dios nunca abdicará de su soberanía absoluta sobre el hombre y sobre toda su creación.

del gobierno o de programas de caridad. El patrón se repite una y otra vez en un círculo de pobreza que abarca varias generaciones, causado generalmente por las malas decisiones y acciones de las personas.

Nuestras decisiones y la salud

Debido también a nuestras malas decisiones, nos aquejan incontables problemas de salud. Comemos deficientemente, no hacemos ejercicio, consumimos sustancias dañinas, y causamos daño a otros y a nosotros mismos en accidentes que se producen por falta de cuidado. Muchos sufren aflicciones mentales como resultado de violar los principios divinos que rigen las relaciones humanas.

El alcohol y las drogas producen graves aflicciones físicas y psicológicas. Las personas adictas a estas sustancias no solo se arriesgan a restarle años a sus vidas, sino que además infligen un gran sufrimiento a sus familiares y amigos. Aún más trágico es el hecho de que muchos causan accidentes que matan o dejan lisiadas a personas inocentes.

El daño causado por el cigarrillo es algo bien documentado. Cada año las enfermedades relacionadas con el hábito de fumar cobran 400 000 vidas tan solo en los Estados Unidos, y millones más en otros países. Muchas de esas muertes son insoportablemente lentas y dolorosas. Está ampliamente reconocido que la mejor cura para la aflicción causada por el hábito de fumar es simplemente dejar de hacerlo, aunque para muchos de los adictos es bastante difícil dar ese paso.

El fumar es tan solo uno de los muchos hábitos que nos causan dolor y sufrimiento. El Dr. Paul Martin habla acerca de los comportamientos que parecen inofensivos, pero que pueden tener efectos que se acumulan con el paso de los años: “Existen muchos patrones de conducta que son muy comunes y que matan a las personas lentamente, pero en gran número” (*The Healing Mind* [La mente que sana], 1997, p. 58).

Cuando tomamos decisiones que afectan nuestra salud, a menudo nuestros cuerpos nos alertan si hemos hecho una mala decisión. Paul Brand y Philip Yancey comentan que “el origen de un número asombroso de problemas de salud radica en que tomamos decisiones que hacen caso omiso de las claras señales que nuestros cuerpos nos transmiten” (*The Gift Nobody Wants* [El regalo que nadie quiere], 1993, p. 226).

El Dr. Brand afirma que en una gran conferencia nacional de salud él hizo una lista de ciertos problemas de salud directamente relacionados con el comportamiento. Entre ellos se incluían “problemas cardíacos y de hipertensión agravados por la tensión emocional, úlceras gástricas, cánceres asociados con toxinas ambientales, sida, enfermedades venéreas, enfisema y cáncer pulmonar causados por el hábito de fumar, daño fetal debido al abuso materno

del alcohol y de las drogas, diabetes y otros desórdenes alimenticios, crimen violento y accidentes automovilísticos debidos al alcohol. Estas son preocupaciones endémicas, y hasta epidémicas, para los expertos en salud” (*ibidem*, pp. 226-227).

Cosechamos lo que sembramos

La conclusión debería ser obvia: las malas decisiones causan mucho sufrimiento. La Biblia nos ofrece una guía para que sepamos cómo vivir. Sin embargo, a partir de Adán y Eva hemos pasado por alto y despreciado repetidamente las instrucciones de Dios, por lo que nos hemos acarreado mucho dolor y sufrimiento.

La Biblia nos brinda consejos prácticos en casi todos los aspectos de la vida. Muchos de estos principios se refieren a cómo evitar —y en cierta manera aliviar— el sufrimiento.

No podremos vivir substancialmente libres del sufrimiento hasta que nos reconciliemos con Dios y acatemos sus mandamientos. “Hijo mío, no te olvides de mi ley, y tu corazón guarde mis mandamientos; porque *largura de días y años de vida y paz te aumentarán*” (Proverbios 3:1-2).

Si como naciones siguiéramos las instrucciones de Dios, inmediatamente veríamos una tremenda reducción en el crimen, enfermedad, hostilidad entre las naciones, contaminación, accidentes, enfermedades mentales, familias destruidas, relaciones deterioradas y muchos otros males que nos causan tanto dolor. La ley de Dios ni es dura ni es gravosa; es la ley de la libertad (Santiago 1:25), que eliminaría la mayor parte del dolor del mundo si se obedeciera universalmente.

Cómo puede resultar algo bueno del sufrimiento

Sigmund Freud trabajó como consejero, tratando de ayudar a las personas que tenían dificultades psicológicas. Sin embargo, fue lo suficientemente honesto como para reconocer que su habilidad para ayudar era limitada. Confesó que “curaba las miserias de los neuróticos tan solo para devolverlos a la miseria normal de la vida” (Ernest Becker, *The Denial of Death* [La negación de la muerte], 1973, p. 271). Freud estaba en lo cierto: no existe la vida totalmente libre de problemas.

Como no podemos evitar todo el sufrimiento, debemos tener en mente que en ocasiones puede producir buenos resultados. Es más fácil soportar el dolor cuando lo vemos como un desafío que cuando lo consideramos una maldición insoportable.

En la cultura occidental se ha reconocido generalmente el principio de que ciertas dificultades son benéficas y que pueden ayudarnos a madurar y a ser mejores personas, y esto es cierto. Sin embargo, el escritor Richard Kyle nos recuerda que, en gran parte, hemos entrado en la era poscristiana, en la cual “el cristianismo ya no es lo que define los valores culturales” (*The Last Days Are Here Again* [Los últimos días están aquí nuevamente], 1998, p. 25).

La mente poscristiana rechaza el punto de vista bíblico tradicional según el cual la adversidad y el dolor —aunque no son placenteros y no los deseamos— pueden finalmente producir algo bueno. Expresiones tales como “Si se mantienen firmes, se salvarán” y “Es necesario pasar por muchas dificultades para entrar en el reino de Dios” (Lucas 21:19; Hechos 14:22, NVI), aunque son ciertas, ya no son aceptadas universalmente.

Claramente, la Biblia enseña que la adversidad puede producir buenos resultados. Aunque Jesús fue el Hijo de Dios, “por lo que padeció aprendió la obediencia; y habiendo sido perfeccionado, vino a ser autor de eterna salvación para todos los que le obedecen” (Hebreos 5:8-9). Aun la historia secular nos da muchos ejemplos de personas y naciones que, en ciertas condiciones difíciles, se sobrepusieron a ellas y lograron grandes cosas. Algunas veces una persona decidida ha sido la chispa que la nación necesitaba para sobrellevar momentos difíciles y alcanzar objetivos dignos y loables.

Un primer ministro que sirvió poderosamente a su nación

Sir John Keegan afirmó que esto fue cierto en el caso de Winston Churchill e Inglaterra durante la segunda guerra mundial. En 1940, en medio de las peores horas del conflicto, Churchill trató valientemente de mantener unido al pueblo británico. “En una serie de magníficos discursos apeló al valor de su pueblo y a su grandeza histórica, y sacó adelante a Inglaterra”. Por medio de sus poderosas palabras impuso su “voluntad e imaginación a sus conciudadanos” (revista *U.S. News & World Report*, 29 de mayo de 2000).

Fortalecidos por la resolución de su primer ministro, los británicos resistieron un feroz embate de la fuerza aérea de Hitler y convirtieron un momento de prueba y derrota inminente en un triunfo que Churchill calificó como “la hora excelsa” de su nación. Keegan escribió que los británicos, bajo la amenaza de la invasión, “dieron un ejemplo íntegro de cómo se debe vivir la hora excelsa. Sacaron de los escombros a los muertos y a los vivos, patrullaron sus playas [y] se apretaron los cinturones” (*ibidem*).

Will Durant dijo que “un desafío que se enfrenta exitosamente . . . eleva el temple y el nivel de la nación y la prepara para afrontar los próximos desafíos” (Durant, *ob.cit.*, p. 91).

La experiencia británica demuestra la necesidad de trabajar juntos y respaldarse mutuamente en los tiempos de adversidad. El Dr. Brand nos dice cómo se prepara él para lo peor: “Lo mejor que puedo hacer para prepararme para el dolor es rodearme de una amorosa comunidad que pueda estar conmigo cuando la tragedia me aflija” (Brand y Yancey, *ob. cit.*, p. 236). Luego afirma que “el sufrimiento solo es intolerable cuando a nadie le importa” (*ibidem*, p. 257).

Dios nos revela que el sufrimiento tiene un propósito muy noble: debe ayudarnos a crecer en amor fraternal. “Sobrellevad los unos las cargas de los otros, y cumplid así la ley de Cristo” (Gálatas 6:2). Cuando nuestra preocupación fluye hacia otros, el sufrimiento, por indeseable y doloroso que sea, puede ser una experiencia provechosa. Aprendemos la verdad de que “ninguna disciplina al presente parece ser causa de gozo, sino de tristeza; pero después da fruto apacible de justicia a los que en ella han sido ejercitados” (Hebreos 12:11).

Cómo enfrentar dificultades

La creencia de que la aflicción puede traer grandes beneficios ha desaparecido casi completamente en la cultura occidental y ha sido reemplazada por la idea de que el sufrimiento y las experiencias desagradables son algo injusto y debemos evitarlos a toda costa.

En parte, tal vez hayamos heredado esta idea de una sociedad que todo lo quiere arreglar al instante, y que nos enseña que merecemos una píldora

para cada dolor y una solución rápida para cada problema. También se debe en parte a la “mentalidad de víctima” —la negativa a enfrentar la responsabilidad de nuestras acciones o circunstancias— que puede debilitar a la sociedad que sucumba ante ella. Toda sociedad que reconozca que algunas veces la vida no es justa y que definitivamente no es fácil, y responda valerosamente a este reto, se fortalecerá.

Según la perspectiva actual, el dolor es algo siniestro, un enemigo que debe ser evitado a toda costa. Tenemos la opción de pensar así también, o de reconocer el dolor como una advertencia de que debemos cambiar algo que estamos haciendo. Si no podemos evitarlo, tal vez podamos aceptar su desafío y convertirnos en una persona más fuerte y mejor. De hecho, en ciertas ocasiones lo único que podemos hacer es soportar la dificultad y dejar que ésta refine nuestro carácter. El consejero Norman Wright escribió que “una crisis

Sucesos que forjaron el carácter de un presidente

Teodoro Roosevelt, el vigésimo sexto presidente de los Estados Unidos, fue fortalecido por el sufrimiento. Poseía una mente muy ágil, pero tenía un cuerpo débil: sufría de asma.

Cuando tenía 12 años, su padre le dijo: “Teodoro, tú tienes una buena mente, pero el cuerpo no te acompaña, y sin la ayuda del cuerpo la mente no puede avanzar tan lejos como debiera . . . Tienes que hacerte tu propio cuerpo . . . Es un trabajo muy difícil para uno hacerse su propio cuerpo . . . pero sé que lo vas a lograr” (David McCullough, *Mornings on Horseback* [Mañanas a caballo], 1981, p. 112).

Teddy, como afectuosamente lo llamaban sus compatriotas, le relató a un amigo el impacto que esas palabras de su padre habían tenido en su vida. Por los comentarios de su padre se vio a sí mismo como un ser humano débil, así que tenía que fortalecerse.

De inmediato empezó un programa de acondicionamiento físico, haciendo ejercicios con pesas y sacos de arena. Teddy era una persona dedicada a mejorar su salud. Su determinación dio resultados y desarrolló un cuerpo fuerte, y ya sin asma.

Más adelante Teddy Roosevelt tendría que afrontar un golpe aún más duro: perdió a su madre

y a su joven esposa el mismo día. Su esposa había dado a luz a una hija hacía tan solo dos días y el no podía explicarse el porqué de semejante tragedia. Dijo que las únicas respuestas que tenía eran “la voluntad de Dios” o “un destino extraño y terrible” (*ibidem*, p. 285).



Aunque algunos de sus biógrafos afirman que nunca se recuperó completamente de esa tragedia, él afrontó el desafío y triunfó sobre la depresión que lo envolvía.

Aun cuando la muerte de su esposa a los 22 años de edad fue algo devastador, se superó y logró la grandeza nacional. Algunos han comentado que si no hubiera sufrido lo que sufrió, tal vez nunca hubiera llegado a ser el presidente de los Estados Unidos. Teodoro Roosevelt, como muchos otros, respondió a las pruebas y al sufrimiento haciendo más de lo que hubiera hecho si no le hubieran sucedido semejantes tragedias.

no siempre es algo malo. Puede producir un viraje decisivo en su vida, para hacer de ésta algo mejor . . . [Lleva consigo] la oportunidad de crecimiento y de cambio” (*How to Have a Creative Crisis* [Cómo tener una crisis creativa], 1986, p. 15).

La Biblia nos recuerda que en todas las pruebas debemos enfocarnos en el futuro que se extiende más allá de nuestro presente y concentrarnos en los beneficios que ellas nos puedan traer: “Mas tenga la paciencia su obra completa, para que seáis perfectos y cabales, sin que os falte cosa alguna” (Santiago 1:4).

No permitamos que las pruebas nos abrumen

No estamos diciendo que debemos sufrir lo que podemos evitar. Pero si no podemos evitarlo, necesitamos aprender a hacer frente al sufrimiento y, si es necesario, aceptarlo. Si no aprendemos a hacer esto, la ansiedad que generan nuestras dificultades puede llevarnos a empeorar el problema y a tomar decisiones que alteren completamente nuestra vida.

El Dr. Martin escribe: “La tensión emocional y la ansiedad pueden impedir que durmamos adecuadamente y hacernos más proclives a fumar, beber cantidades excesivas de alcohol, comer demasiados alimentos no saludables, no tomar nuestros medicamentos, dejar de hacer ejercicio, consumir drogas nocivas, adoptar un comportamiento sexual peligroso, conducir demasiado rápido, tener un accidente violento y aun suicidarnos” (Martin, *ob. cit.*, p. 55).

La altísima tasa de suicidios en muchas naciones puede ser en parte un reflejo de la inhabilidad de las personas para aceptar que la vida puede ser difícil.

Un mensaje de buenas noticias

La Biblia nos dice que Dios permite el sufrimiento porque tiene un propósito divino. Los cristianos saben que su Salvador, Jesucristo, sufrió y murió por ellos y que deben seguir sus pasos, lo que incluye el sufrimiento (1 Pedro 2:21). Jesús soportó la agonía y murió para que Dios pudiera perdonarnos nuestros pecados y darnos vida eterna, durante la cual reinaremos con él (Apocalipsis 5:10). Saber esto puede ayudarnos a afrontar mejor los problemas que tengamos en la vida.

Pablo nos recuerda que “si sufrimos, también reinaremos con él” (2 Timoteo 2:12). Cristo va a regresar a la Tierra para gobernar y, al final, poner fin a toda tristeza y sufrimiento.

Fundamentalmente, el evangelio fue un mensaje de buenas noticias acerca del Reino de Dios (Marcos 1:14-15), el cual Jesucristo establecerá a su regreso y que inaugurará una época de paz y felicidad universales. Isaías profetizó acerca de la paz y el gozo que imperarán bajo su reinado: “No harán mal ni dañarán en todo mi santo monte; porque la tierra será llena del conocimiento del

Eterno, como las aguas cubren el mar” (Isaías 11:9). Cuando el conocimiento de Dios sea restaurado a la humanidad y toda influencia de Satanás sea quitada, cesará todo el dolor que resulta de seguirlo a él en lugar de seguir a Dios. (Si desea más información sobre este tema, le recomendamos nuestro folleto gratuito *El evangelio del Reino de Dios*.) ¡Por fin el mundo entero encontrará la paz duradera!

Un futuro maravilloso

Dios está llamando ahora tan solo a unos pocos, relativamente hablando, para que sean parte de su Iglesia. Él los considera las *primicias*, los primeros frutos de su cosecha espiritual (Santiago 1:18); son escogidos, si es que permanecen fieles, para reinar con Cristo. Pero no está llamando a todos ahora (Romanos 11:7-8, 25-26). “Ninguno puede venir a mí —dijo Jesús—, si el Padre que me envió no le trajere; y yo le resucitaré en el día postrero” (Juan 6:44).

Cuando Jesús habló acerca de resucitar a los suyos en el día postrero, estaba hablando acerca de su retorno a la Tierra. Pablo nos da más detalles: “Porque el Señor mismo con voz de mando, con voz de arcángel, y con trompeta de Dios, descenderá del cielo; y los muertos en Cristo resucitarán primero. Luego nosotros los que vivimos, los que hayamos quedado, seremos arrebatados juntamente con ellos en las nubes para recibir al Señor en el aire, y así estaremos siempre con el Señor. Por tanto, alentaos los unos a los otros con estas palabras” (1 Tesalonicenses 4:16-18).

Cuando entendemos y aceptamos el plan de salvación de Dios, encontramos mucho consuelo en su verdad. Cuando Jesús venga, aquellos que se hayan arrepentido y lo hayan reconocido a él como su Salvador y le hayan rendido sus vidas en sumisa obediencia, tendrán consuelo. Ya no sufrirán más, porque Dios les dará vida eterna en un nuevo cuerpo —un cuerpo espiritual— que no conocerá el sufrimiento (1 Corintios 15:35-54).

Entonces nos daremos cuenta de algo que solo podíamos entender en parte mientras estábamos en la carne: “Pues tengo por cierto que las aflicciones del tiempo presente no son comparables con la gloria venidera que en nosotros ha de manifestarse” (Romanos 8:18).

Quienes lleguen a entender el gran propósito y llamado de Dios todavía experimentarán dolor y sufrimiento en esta vida (v. 23), pero entenderán por qué. Anticiparán ansiosamente el momento en que Dios les dará vida eterna y les permitirá gobernar con Cristo en su reino. Pablo nos exhorta: “Por tanto, alentaos los unos a los otros con estas palabras” (1 Tesalonicenses 4:18).

Lecciones dolorosas

Pablo aclara que los cristianos, al igual que Cristo, deben sufrir: “Porque a vosotros os es concedido a causa de Cristo, no solo que creáis en él, sino

“Está establecido para los hombres que mueran una sola vez”

Raramente pensamos acerca de la muerte, bien sea la nuestra o la de alguien más. Cuando muere un ser querido, nos lamentamos, y esto es algo muy natural.

Sin embargo, es obvio que nuestros cuerpos no fueron diseñados para vivir para siempre. Como se nos dice en Hebreos 9:27: “. . . está establecido para los hombres que mueran una sola vez . . .”

Dios no diseñó nuestros cuerpos para que duraran más de unas cuantas décadas. En Salmos 90:10 se nos recuerda que “los días de nuestra edad son setenta años; y si en los más robustos son ochenta años . . .” Con los adelantos médicos y logros tecnológicos de los últimos años, nuestro promedio de vida es similar al alcanzado cuando este salmo fue escrito, hace miles de años. Algunos vivirán más, otros menos, pero esto es lo que podemos esperar. La vida es corta, demasiado breve para desperdiciarla en cosas que a fin de cuentas no son tan importantes.

No debe sorprendernos cuando la muerte toca nuestra puerta. Así nos hizo Dios. Como la hierba que aparece y desaparece, y las flores del campo que florecen para marchitarse solo unos días después, así también nuestra vida es algo que se deteriora y llega a su fin (Isaías 40:6-8).

Sin embargo, esto no significa que hasta ahí llegue todo. El patriarca Job, fiel siervo de Dios, sabía que iba a descansar en la tumba hasta el tiempo de una futura resurrección. “¡Oh, quién me diera que me escondieses en el Seol [el sepulcro], que me encubrieses hasta apaciguarse tu ira, que me pusieses plazo, y de mí te acordaras! Si el hombre muere, ¿volverá a vivir? Todos los días de mi edad esperaré, hasta que venga mi

liberación. Entonces llamarás, y yo te responderé; tendrás afecto a la hechura de tus manos” (Job 14:13-15).

Aunque la muerte nos entristece, esto no significa que sea el fin de nuestra esperanza. Dios ha prometido resucitar a la inmortalidad a sus fieles siervos, para que reinen con Cristo y le ayuden en la administración del Reino de Dios (1 Corintios 15:50-54; Apocalipsis 20:4-6; 5:10).

A quienes no hayan conocido o aceptado a Cristo, Dios los resucitará en un tiempo posterior para que también puedan conocer la verdad de su plan y recibir el don de la salvación (este tema se



A pesar de los impresionantes avances en el campo de la medicina y de las mejores expectativas de vida, nuestros cuerpos nunca fueron diseñados para durar indefinidamente. Sin embargo, Dios ofrece a todos los seres humanos esperanza de vida más allá de la tumba mediante una resurrección de los muertos.

trata más ampliamente en el último capítulo de este folleto).

Tenemos otros dos folletos (también absolutamente gratuitos) que le ayudarán a entender más claramente lo que la Biblia revela sobre la vida y la muerte: *¿Qué sucede después de la muerte?* y *El cielo y el infierno: ¿Qué es lo que enseña realmente la Biblia?* Puede solicitarlos a nuestra dirección más cercana a su domicilio o descargarlos directamente de nuestro portal en www.iduai.org.

también que padezcáis por él” (Filipenses 1:29).

Pedro les recuerda a los cristianos que deben esperar sufrir porque Dios puede valerse del sufrimiento para ayudarles a purificarse de algún error. “Puesto que Cristo ha padecido por nosotros en la carne, vosotros también armaros del mismo pensamiento; pues quien ha padecido en la carne, terminó con el pecado, para no vivir el tiempo que resta en la carne, conforme a las concupiscencias de los hombres, sino conforme a la voluntad de Dios” (1 Pedro 4:1-2).

Como Jesús explicó, sus seguidores deben entender que tendrán sufrimiento, pero que Dios algunas veces nos permite sufrir porque el dolor nos enseña a *abstenernos del pecado* aun bajo las circunstancias más difíciles.

Cuando Dios nos permite sufrir debido a nuestras decisiones erróneas, en realidad está actuando misericordiosamente. ¿Por qué? Porque la consecuencia de que sigamos pecando cuando sabemos la verdad (y no nos arrepintamos), será la muerte eterna.

El escritor del Salmo 119 afirmó: “Antes que fuera yo humillado, descañado andaba; mas ahora guardo tu palabra” (v. 67). Nos dice que el sufrimiento es un recordatorio de las consecuencias del pecado; que el sufrimiento puede producir beneficios a largo plazo que tal vez no podamos discernir mientras estemos afanados con nuestro dolor emocional o físico.

El propósito fundamental del dolor

El Dr. Brand trabajó durante varios años tratando pacientes leprosos en la India y en los Estados Unidos. Después de años de labor, llegó a conclusiones asombrosas en cuanto a la patología de la lepra.

La víctima de la lepra generalmente tiene que afrontar el hecho de que sus extremidades —dedos, uñas, pies y aun la nariz y las orejas— se deterioran hasta el punto de descomponerse y caerse completamente, pero nadie había podido descubrir por qué ocurría esto. Antes de las investigaciones del Dr. Brand, los médicos simplemente suponían que los leprosos sufrían la maldición de tener “una carne deficiente”. El Dr. Brand descubrió que el problema radica en el bacilo de la lepra, que ataca los nervios de diferentes partes del cuerpo y desencadena un proceso degenerativo que finalmente conduce a la muerte de los nervios. Cuando esto ocurre, si el paciente se hiere o se quema una parte de su cuerpo afectada por este bacilo, no siente ningún dolor. Como no siente dolor, continúa usando esa parte de su cuerpo, y el uso repetido de la parte afectada agrava aún más el daño tisular. Finalmente, el tejido se daña tanto que la carne se muere y posteriormente se desprende.

El Dr. Brand empezó a tratar las heridas de los leprosos protegiéndolas, algunas veces con yeso. Con frecuencia las heridas sanaban y ya no presentaban mayores problemas. La carne que era protegida sanaba, aunque la per-

sona leprosa nunca volvía a tener sensibilidad en esa zona, porque el tejido nervioso había sido dañado irreversiblemente. Él concluyó que el dolor es un regalo de Dios que nos advierte que algo anda mal.

La conclusión final de este médico se aplica a la mayoría de las enfermedades, no solo a la lepra. Cuando nos herimos, debemos responder a las señales de nuestro cuerpo y tomar medidas que alivien el dolor y eliminen su causa subyacente.

En sus comentarios finales, el Dr. Brand escribió: “No tenía la menor idea de lo vulnerable que se vuelve el cuerpo cuando hay una falla en su sistema de alarma” (Brand y Yancey, *ob. cit.*, p. 121).

Lecciones espirituales del sufrimiento

Podemos trazar un paralelo espiritual con el descubrimiento del Dr. Brand, ya que cierto sufrimiento es el resultado de nuestros propios pecados o necesidad. A veces esto desencadena consecuencias negativas y dolorosas en nuestro cuerpo. En ciertas ocasiones Dios permite que pasemos por tales experiencias, y hasta que suframos, para hacer que pongamos atención a lo que estamos haciendo y cambiemos nuestro comportamiento, actitud o convicciones.

Buena parte del dolor físico y mental que padecemos se debe a la violación de los mandamientos de Dios, ya sea que lo hagamos a sabiendas o inadvertidamente. Como dijera un psiquiatra: “La mitad de las personas que van a las clínicas quejándose de molestias físicas están diciendo en realidad ‘lo que me duele es mi propia vida’” (*ibidem*, p. 251).

En ocasiones pecamos pero *no* sentimos el dolor de inmediato, aunque quizá Dios nos lo haga sentir después, permitiendo que algún problema o dificultad nos aqueje. “Porque el Señor al que ama, disciplina, y azota a todo el que recibe por hijo” (Hebreos 12:6). Las Escrituras nos muestran varios ejemplos de hombres y mujeres cuyas vidas ilustran este principio.

Cuando Dios permite que las dificultades nos afecten con el fin de hacernos caer en cuenta de nuestros errores o fallas en nuestro carácter, no está actuando de manera diferente de como actúa un padre amoroso. Los padres y madres que aman a sus hijos dedican tiempo y esfuerzo enseñándoles lecciones para su propio bien. Dios hace lo mismo, porque quiere que aprendamos (Hebreos 12:5-11).

Algunas veces Dios permite que suframos para que aprendamos a diferenciar entre el bien y el mal y a reconocer cuánto dependemos de él y de su instrucción. Por lo tanto, no debe sorprendernos el hecho de que la vida, aun para un cristiano, tenga momentos de dificultad y de prueba (1 Pedro 4:12-13).

En otras circunstancias el sufrimiento tal vez no se deba al pecado, sino a

que Dios desea refinar y fortalecer cierto aspecto de nuestro carácter. Tal como un músculo se atrofia si no lo usamos, nuestra fe y nuestro carácter se pueden atrofiar si no se ejercitan adecuadamente.

Pedro habló acerca del valor de las pruebas cuando explicó: “Esto es para ustedes motivo de gran alegría, a pesar de que hasta ahora han tenido que sufrir diversas pruebas por un tiempo. El oro, aunque perecedero, se acrisola al fuego. Así también la fe de ustedes, que vale mucho más que el oro, al ser acrisolada por las pruebas demostrará que es digna de aprobación, gloria y honor cuando Jesucristo se revele” (1 Pedro 1:6-7, NVI).

Aprendamos a depender de Dios

Debemos entender que aunque Dios permite que tengamos pruebas y dificultades en la vida, no es indiferente cuando eso ocurre. Dios es un padre amoroso y compasivo que no experimenta ninguna alegría al vernos sufrir. ¿Cómo se siente Dios hacia nosotros en esos casos? “Depositen en él toda ansiedad, porque él cuida de ustedes” (1 Pedro 5:7, NVI). Estas palabras nos enseñan que en algunas ocasiones Dios es el único en quien podemos confiar para que nos dé la fuerza que necesitamos a fin de soportar la adversidad.

Dios desea que nos acerquemos a él cuando padecemos, y ha prometido ayudarnos cuando así lo hagamos. Pablo escribió que Dios consuela a los humildes (2 Corintios 7:6), pero debemos *pedirle* su ayuda. Nos promete que no seremos probados más allá de lo que podemos resistir, y que juntamente con la prueba nos dará ya sea el socorro o la fuerza para que podamos soportar (1 Corintios 10:13). Necesitamos creer en Dios y en su promesa, y pedirle que cumpla su palabra, especialmente cuando sentimos que estamos a punto de desfallecer.

Necesitamos entender que Dios con frecuencia protege a los que le buscan. “El SEÑOR afirma los pasos del hombre cuando le agrada su modo de vivir; podrá tropezar, pero no caerá, porque el SEÑOR lo sostiene de la mano” (Salmos 37:23-24, NVI).

Teniendo esto en mente, conviene leer el Salmo 91. Debemos pedirle a Dios que nos proteja y que proteja a nuestros seres queridos. Él escucha las oraciones del justo (Santiago 5:16; 1 Pedro 3:12) y protege y bendice a su pueblo. Sin embargo, nadie es inmune a los caprichos del tiempo y la ocasión. Cuando éstos nos afecten negativamente, debemos pedirle que limite nuestro sufrimiento de tal forma que éste no exceda nuestra capacidad de perseverar, y que nos dé la fuerza para resistir hasta donde sea necesario.

Dios permanece en control

Ciertas investigaciones han demostrado que la capacidad de una persona para soportar el dolor aumenta al sentir que tiene control sobre él. Debemos

hacer todo lo que podamos por relajarnos, manejar la situación y lograr el control de nuestro sufrimiento. Entonces nos daremos cuenta de que no somos juguetes a merced del dolor y que podemos hacer algo para controlar nuestras actitudes y respuestas frente al sufrimiento.

Como siervos de Dios, debemos aprender que a fin de cuentas él está en control y que es misericordioso. Nuestro Padre desea ayudarnos y librarnos, y puede hacerlo; sus oídos están atentos a nuestras oraciones (1 Pedro 3:12).

Pero él también espera que confiemos en *su* juicio y en *su* calendario para intervenir en el momento oportuno, y que confiemos incondicionalmente. “Porque hermanos, no queremos que ignoréis acerca de nuestra tribulación que nos sobrevino en Asia; pues fuimos abrumados sobremanera más allá de nuestras fuerzas, de tal modo que aun perdimos la esperanza de conservar la vida. Pero tuvimos en nosotros mismos sentencia de muerte, para que no confiásemos en nosotros mismos, sino en Dios que resucita a los muertos; el cual nos libró, y nos libra, y en quien esperamos que aún nos libraré, de tan gran muerte” (2 Corintios 1:8-10).

¿Una vida sin dolor?

Entre tanto, tal vez podamos comprender la sabiduría de las palabras de Santiago: “Hermanos míos, ustedes deben tenerse por muy dichosos cuando se vean sometidos a pruebas de toda clase. Pues ya saben que cuando su fe es puesta a prueba, ustedes aprenden a soportar con fortaleza el sufrimiento. Pero procuren que esa fortaleza los lleve a la perfección, a la madurez plena, sin que les falte nada” (Santiago 1:2-4, Versión Popular).

Las palabras de Santiago quizá suenen irreales a los habitantes del mundo occidental, porque muchos viven con la ilusión de que seremos capaces de abolir el dolor. Santiago vivió en una sociedad en la cual las personas frecuente y regularmente tenían que enfrentarse al sufrimiento. Estaban más acostumbradas que nosotros a los beneficios del dolor.

Una vida sin dolor es imposible. Necesitamos enfrentar la realidad de que Dios puede enseñarnos lecciones invaluable por medio de nuestro sufrimiento, aunque esto no significa que el sufrimiento deba parecernos placentero. Aunque reflexionemos acerca del dolor y tratemos de prepararnos, cuando éste llega la experiencia es algo que nos despierta bruscamente. Cuando el dolor llega a nuestras vidas, se instala como una realidad sobrecogedora. Es un enemigo indeseado, o al menos así nos parece.

Pero el sufrimiento y las pruebas pueden ser de mucha ayuda en el sentido espiritual, ya que nos preparan para el propósito que Dios tiene de llevarnos a su reino. Algunas veces nuestra aceptación del sufrimiento ocurre mucho después del hecho, después de haber perseverado y entendido la madurez espiritual que puede producir en nosotros.

La liberación final del dolor y de las dificultades proviene de Dios, de orar y confiar en él. Poco antes de sufrir el suplicio de la crucifixión, Jesús oró así: “Padre mío, si es posible, pase de mí esta copa; pero no sea como yo quiero, sino como tú” (Mateo 26:39).

Pedro nos recuerda los frutos positivos de afrontar la adversidad: “Mas el Dios de toda gracia, que nos llamó a su gloria eterna en Jesucristo, después que hayáis padecido un poco de tiempo, él mismo os perfeccione, afirme, fortalezca y establezca” (1 Pedro 5:10).

Enfoquémonos en el futuro

Cuando entendemos los beneficios que se pueden derivar del sufrimiento, podemos soportarlo mejor. Victor Frankl, un psicoterapeuta que sobrevivió al campo de concentración de Auschwitz en la segunda guerra mundial, descubrió la importancia de encontrarle sentido a la vida, especialmente en medio de las peores circunstancias. Se dio cuenta de que los prisioneros que se mantenían enfocados en una meta eran mucho más proclives a sobrevivir.

Aunque nos parezca muy difícil ver los beneficios espirituales del sufrimiento, podremos comprenderlos cabalmente cuando recibamos la vida eterna en el Reino de Dios (2 Pedro 1:11).

En ese reino ganaremos muchísimo más de lo que hayamos perdido por el sufrimiento en esta vida. Como Pablo lo explica: “De hecho, considero que en nada se comparan los sufrimientos actuales con la gloria que habrá de revelarse en nosotros” (Romanos 8:18, NVI). Y nos recuerda que “a los que aman a Dios, todas las cosas les ayudan a bien, esto es, a los que conforme a su propósito son llamados” (v. 28). Dios inspiró a Pablo para que escribiera esto, ¡y nosotros debemos creerle!

El sufrimiento nos ayuda a alcanzar nuestro potencial de ser hijos de Dios (1 Juan 3:1). Con su ayuda, podemos tener buenos resultados de él. Un poeta lo expresó así:

*A cada uno se le ha dado una bolsa de herramientas,
una roca sin forma y un libro de reglas.*

*Cada uno debe hacer, mientras aún tenga vida,
una roca de tropiezo o una piedra para escalar.*

La piedra para escalar es el camino al Reino de Dios.

Nuestra herencia

Pablo nos dice que además de ser hijos de Dios, también somos “herederos de Dios y coherederos con Cristo” (Romanos 8:16-17). Si somos herederos, entonces tenemos una herencia. La Biblia revela que nuestra herencia no será un futuro de ocio y holgazanería, sino algo de *gran responsabilidad*.

Las Escrituras nos revelan que, de una manera real, *heredaremos las*

propiedades del Padre y sus ocupaciones. Tenemos mucho que aprender de nuestro Padre, y él nos da tiempo para que crezcamos y progreseemos. Quiere enseñarnos lo que necesitamos para poder desarrollar el carácter que busca en nosotros.

No existe ningún atajo. El conocimiento por sí solo no es suficiente, y el carácter no se puede desarrollar de la noche a la mañana. Por eso Pablo nos dice que seremos herederos “si es que padecemos juntamente con él, para que juntamente con él seamos glorificados” (v. 17). Así como Jesucristo aprendió y fue perfeccionado por el sufrimiento (Hebreos 5:8-9), así también nosotros nos perfeccionamos por medio de las dificultades a fin de poder heredar el Reino de Dios juntamente con él.

La increíble promesa de esta herencia conjunta —ser hijos de Dios en su familia eterna (Romanos 8:14-23)— nos ayuda a explicar por qué debemos sufrir. Si nuestro futuro fuera simplemente descansar en el cielo y contemplar a Dios eternamente, él podría tomarnos ya o dejarnos aquí y protegernos de toda forma de adversidad y dolor. Semejante futuro no exigiría nada de nosotros.

Pero nuestro futuro es muchísimo más sublime que eso. Mientras más grandes sean las responsabilidades que Dios nos tiene preparadas, más grandes serán los desafíos que tendremos que afrontar para poder cumplirlas.

¿Cuándo se acabará el sufrimiento?

En el capítulo anterior vimos que Dios tiene un propósito que va mucho más allá de esta vida. En su gran designio, él considera el sufrimiento como algo necesario, algo que cada persona que responda a su llamado tiene que afrontar. Sin embargo, la mayoría de las personas o no están respondiendo a esto, o ignoran totalmente este magnífico propósito. Por lo tanto, en el “presente siglo malo” (Gálatas 1:4) Dios está permitiendo que los seres humanos aprendan lecciones fundamentales.

El quiere que la humanidad sepa que el pecado produce horribles consecuencias, y que desde el huerto del Edén nosotros mismos nos hemos acarreado mucho dolor porque hemos rechazado sus instrucciones. Aunque hemos sido engañados por la influencia maligna y corrupta de Satanás, los seres humanos tenemos que aceptar toda la responsabilidad por las consecuencias de nuestras acciones. Si el hombre hubiera escogido seguir los caminos de Dios en lugar de seguir los de Satanás, el mundo podría haber sido un lugar de paz, seguridad y felicidad.

Dios se ha propuesto que aprendamos esta lección, por dolorosa que sea. La Biblia registra que en muchas ocasiones él ha querido disuadir a las personas de seguir en sus malos caminos, pero la inmensa mayoría ha rechazado repetidamente sus mandamientos, tal como lo hicieron Adán y Eva en el Edén.

La reacción del hombre ante los mensajeros de Dios

Por ejemplo, después de que Dios liberara al antiguo Israel de la esclavitud en Egipto, hizo un pacto con los israelitas, quienes prometieron guardar sus mandamientos, pero no cumplieron con el acuerdo.

Después Dios envió muchos profetas, cuyos mensajes fueron preservados para nosotros en la Biblia, para advertirlos y exhortarlos. “Mas ellos hacían escarnio de los mensajeros de Dios, y menospreciaban sus palabras, burlándose de sus profetas, hasta que subió la ira del Eterno contra su pueblo, y no hubo ya remedio” (2 Crónicas 36:16).

En lugar de hacer caso, ellos perseguían y hasta mataban a los mensajeros de Dios. Por medio de Isaías, Dios habló de cómo rechazaron su ayuda repetidamente: “Extendí mis manos todo el día a pueblo rebelde . . .” (Isaías 65:2).

Como ellos se rehusaron a responder, Dios los sentenció a un castigo nacional. El Imperio asirio conquistó Israel y lo llevó cautivo en el siglo octavo antes de Jesucristo (2 Reyes 17:5-8). Cerca de un siglo después, el reino de Judá fue conquistado por Nabucodonosor de Babilonia y llevado al exilio

(2 Crónicas 36:15-20).

Años después, parte de la nación de Judá regresó a su patria y allí, casi cinco siglos después de tal regreso, fue donde Jesús predicó a los descendientes de Judá. Cuando ellos oyeron el mensaje de Jesús en el que les exhortaba al arrepentimiento y la obediencia, ¿cuál fue su reacción? La mayoría lo rechazó, tal como había rechazado a los profetas. Luego ¡lo mataron!

En ciertas ocasiones Dios envió profetas para advertir a naciones gentiles.

En toda la historia leemos de un solo ejemplo en el cual toda una nación no israelita se arrepintió temporalmente de sus pecados después de recibir la advertencia de Dios. El profeta Jonás le predicó a la antigua ciudad de Nínive, y les dijo a sus residentes: “De aquí a cuarenta días Nínive será destruida” (Jonás 3:4). El rey y el pueblo se arrepintieron de sus pecados y Dios no los destruyó (vv. 5-10). Más tarde, sin embargo, volvieron a su maldad. Como resultado de ello, ejércitos enemigos los conquistaron en el año 612 a.C.

La historia nos muestra que aunque Dios ha ofrecido gratuitamente su ayuda y guía a las naciones, ellas las han rechazado sistemáticamente, tal como lo hicieron Adán y Eva.”

Las mismas actitudes de antes

En la actualidad no somos diferentes, ya que la humanidad todavía rechaza las instrucciones de Dios. La Biblia está disponible en casi todo el mundo; sin embargo, son muy pocos los que la leen con regularidad y aún menos los que la obedecen. Y no solo la desobedecen, sino que cada vez hay más personas, especialmente algunas que se autodenominan intelectuales, que la desdennan y rechazan completamente.

Incluso algunos dirigentes religiosos que afirman creer en la Biblia tienen dificultades para aceptar varios pasajes de ésta. Ellos mismos deciden cuáles partes quieren obedecer y a cuáles no tienen que hacer caso.

Salomón resumió acertadamente la condición humana cuando escribió: “Lo torcido *no se puede enderezar* . . .” (Eclesiastés 1:15). Históricamente, la humanidad ha rechazado las instrucciones de Dios y continúa haciéndolo. Al rechazar la revelación de Dios rechazamos la única solución verdadera y perdurable que tienen nuestros problemas.

Por lo tanto, el dolor y la angustia continúan entre las naciones. Como



Jesucristo retornará como Rey de reyes para gobernar al mundo en un reino de paz, prosperidad y propósito para toda la humanidad. Este evangelio del Reino de Dios fue el núcleo mismo de sus enseñanzas.

resultado de ello, desde el primer siglo hasta ahora Dios ha llamado tan solo a unos pocos para que salgan del “presente siglo malo” (Gálatas 1:4) y se conviertan en sus siervos fieles.

El resto de la humanidad permanece en tinieblas espirituales. Los seres humanos buscan el entendimiento y significado de la vida, pero ignoran las razones por las cuales se enfrentan a tanto sufrimiento. El apóstol Pablo habló de personas que “siempre están aprendiendo y nunca pueden llegar al conocimiento de la verdad” (2 Timoteo 3:7). Engañada por Satanás y cautiva en el pecado, la humanidad como un todo ha sido cortada del entendimiento de Dios y no se da cuenta de que es el blanco de la ira y el odio del diablo (Efesios 2:3).

El hombre culpa a Dios por el sufrimiento y el mal que hay en el mundo, pero Dios no es el culpable. La responsabilidad recae directamente sobre nosotros porque hemos decidido rechazar su guía para seguir el camino del pecado, y también sobre Satanás por su engaño a la humanidad.

¿Cuándo terminará todo esto?

Las buenas noticias son que *Dios no ha desistido de llevar a cabo su plan de redimir a la humanidad*. Así como les dio a Adán y a Eva la libertad de escoger, así también les ha permitido a las naciones y a los hombres seguir sus propios caminos. Él permite que el mundo sufra para enseñarnos que *no podemos encontrar paz duradera, seguridad y gozo sin él*.

Estamos aprendiendo la dura lección de que no podemos gobernarnos a nosotros mismos apartados de Dios y sus leyes. El resultado final de nuestros esfuerzos será que poco antes del regreso de Jesús a la Tierra, *¡la humanidad estará al borde de la aniquilación!* Él dijo: “Habrá entonces una angustia tan grande, como no la ha habido desde que el mundo es mundo ni la habrá nunca más. Si no se acertaran aquellos días, *nadie escaparía con vida . . .*” (Mateo 24:21-22, Nueva Biblia Española).

Esta fue una advertencia que hizo Jesús hace casi 2 000 años. Solo en tiempos recientes hemos llegado a poseer el poder necesario para destruir el mundo. Los dirigentes en las áreas de gobierno, ciencia y religión creen que la única forma de poder evitar la destrucción sería establecer un sistema internacional de colaboración.

Michio Kaku, científico, escritor y entrevistador de programas de televisión, escribe que “el poder absoluto . . . de las revoluciones científicas obligará a las naciones de la Tierra a colaborar a una escala jamás vista en la historia”. Luego añade: “En el fondo siempre existe la posibilidad de una guerra nuclear, una pandemia mortal o el colapso del medio ambiente” (*Visions: How Science Will Revolutionize the 21st Century* [Visiones: Cómo la ciencia va a revolucionar el siglo XXI], 1998, p. 19).

Jesús profetizó que los esfuerzos de las naciones por alcanzar la colabo-

ración pacífica fallarían. Advirtió que la guerra no se acabaría, sino que se *incrementaría* (Mateo 24:6-8) y que el sufrimiento no iba a desaparecer, sino que se *intensificaría* (vv. 21-22).

Dios está permitiendo que la humanidad intente gobernarse a sí misma, aunque al hacerlo esté hundiéndose en las tinieblas espirituales. Pero como ha rechazado los mandamientos de Dios, no puede tener éxito. Dios hará que todas las personas lleguen al punto de reconocer que, sin su intervención, no pueden encontrar la paz mundial ni terminar con la miseria y el sufrimiento.

Como el Dios viviente y justo que es, nuestro Creador no permitirá que el mal y la injusticia continúen indefinidamente. No dejará que nos aniquilemos,

Quando caminamos por los valles de la vida

El rey David escribió en el Salmo 23 acerca de caminar "en valle de sombra de muerte". Esto posiblemente era una metáfora de las pruebas de la vida en general, aunque también se puede aplicar a la persona que tiene que afrontar su propia muerte o la muerte de un ser querido.

En esta vida todos enfrentamos dificultades y estamos expuestos constantemente a dolores y tensiones. Sin embargo, podemos utilizar diferentes estrategias que nos ayudarán a aligerar la carga. A continuación hacemos varias recomendaciones que pueden ayudar:

- *Aprender de las pruebas y del sufrimiento.* Ellos nos pueden ayudar a desarrollar nuevos talentos y habilidades. Jesucristo aprendió de sus circunstancias y experiencias difíciles (Hebreos 5:8), y nosotros también podemos hacerlo.

- *Contar nuestras bendiciones.* Cuando nos enfocamos exclusivamente en el dolor, solemos olvidar lo buena que la vida ha sido con nosotros. Pablo dijo que siempre deberíamos dar gracias (Filipenses 4:6). También explicó que el resultado de dar gracias es una paz que "sobrepasa todo entendimiento" (v. 7).

- *No ser prisioneros de nuestro propio sufrimiento.* Las grandes pruebas pueden causarnos parálisis emocional. Debemos seguir activos porque la inactividad destruye aún más nuestro ánimo. El Dr. Paul Brand, un experto en el tema del dolor, dice: "Cuando tengo que enfrentar un in-

tenso dolor, busco actividades que me absorban completamente, bien sea mental o físicamente. He . . . encontrado que la distracción constante y la disciplina de la actividad pueden ser muy útiles para combatir el dolor" (Paul Brand y Philip Yancey, *The Gift Nobody Wants* [El regalo que nadie quiere], 1993, p. 254).

- *Buscar a alguien con quien podamos compartir la carga.* Muchas personas que tienen que enfrentar pruebas difíciles cometen el error de tratar de afrontarlas solas. Sin lugar a dudas, aquellos que buscan la ayuda de otros en tales momentos reciben los beneficios de hacerlo. Necesitamos tener contacto con los demás. "Mejor son dos que uno . . . pero ¡ay del solo! que cuando cayere, no habrá segundo que lo levante" (Eclesiastés 4:9-10).

- *Dividir la dificultad en partes pequeñas.* Cuando la dificultad que afrontemos sea enorme, divídámosla en partes pequeñas que podamos manejar más fácilmente.

- *Vivir la vida día a día.* Muchas de las personas que enfrentan depresión, trastornos emocionales u otras dificultades tienen una perspectiva pesimista y se sienten derrotadas. Sus emociones les dicen que sus dificultades nunca se van a terminar. En tales momentos debemos tener en mente que estas dificultades también van a pasar; y de hecho, la mayoría de ellas se terminan. A pesar de nuestras adversidades, es

y enviará a Jesús a la Tierra para gobernar como Rey de reyes (Apocalipsis 19:16). El Mesías intervendrá en el momento de la crisis más grave de la humanidad (Daniel 12:1).

De hecho, Dios tendrá que terminar todo y empezar de nuevo. Cuando sobrevenga la destrucción mundial descrita en los capítulos 6 al 19 de Apocalipsis y en otras profecías bíblicas, Cristo intervendrá para establecer un reino justo y recto, y empezará a corregir la injusticia y la iniquidad en el mundo.

Cómo encontrarán finalmente la paz los que sufren

El plan de Dios incluye una forma de redimir a todos los que han sufrido

necesario adoptar la perspectiva del salmista: "Este es el día que hizo el Eterno; nos gozaremos y alegraremos en él" (Salmos 118:24).

- *No frustrarnos por asuntos insignificantes.* Aprendamos a superar los problemas menores y tomemos las decisiones menos importantes con el mínimo de tensión y preocupación posibles.

- *Llevar una dieta balanceada y nutritiva.* Nuestras mentes y cuerpos son menos capaces de hacer frente a la preocupación y otras dificultades si no los nutrimos bien.

- *Hacer ejercicio con regularidad.* El ejercicio adecuado nos ayuda a reducir la tensión, nos da un sentimiento de bienestar y nos ayuda a dormir mejor. Todas estas cosas son importantes para nuestra alegría y estabilidad mental.

- *Descansar y relajarnos.* Dios nos orde-

nó que descansáramos cada semana, en el día sábado. También necesitamos tomar un tiempo para relajarnos todos los días.

- *Hacer cambios.* Algunas situaciones difíciles no las podemos cambiar, y otras no las deberíamos cambiar. Escapar de ellas sería un error. Pero tampoco debemos buscarlas. Si podemos escapar de una dificultad sin actuar en forma irresponsable, debemos hacerlo (ver Proverbios 22:3).

- *Cultivar el sentido del humor.* "El corazón alegre constituye buen remedio; mas el espíritu triste seca los huesos" (Proverbios 17:22). El humor nos ayuda a tener un estado de ánimo más positivo. Mientras estaba prisionero en Auschwitz, Victor Frankl descubrió que el humor era un arma natural en la lucha por la supervivencia. Reír es verdaderamente un remedio eficaz.

- *Entendamos que finalmente todo está en las manos de Dios.* El ejemplo de Jesús nos hace fijarnos en Dios: "Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu" (Lucas 23:46). David nos exhorta: "Encomienda al Eterno tu camino, y confía en él; y él hará" (Salmos 37:5). La palabra hebrea traducida por "encomendar" significa "descargar un objeto sobre algo". Un cuadro mental que nos puede ayudar a entender el concepto de encomendarse a Dios es la imagen de un niño que se lanza confiadamente a los brazos de su padre.



Cuando tengamos que enfrentar diversas pruebas, es imprescindible tener en mente principios tan importantes como el de compartir nuestra carga con otros, cuidar nuestra salud, mantener una actitud positiva y jamás perder la fe en Dios.

y han muerto en el pasado sin entender por qué sufrían. Miles de millones de seres humanos han vivido y han muerto a lo largo de la historia sin conocer a Dios, sin entender su propósito. La gran mayoría no oyó hablar de Cristo durante su vida; vivieron y murieron ignorando absolutamente su existencia y sin comprensión alguna del plan de Dios.

La Biblia revela que después de mil años del regreso de Cristo, Dios volverá a la vida a aquellos que vivieron pero no recibieron entendimiento del propósito de Dios. Los resucitará a una vida física, temporal, y les dará la oportunidad de ejercitar su libre albedrío. Pero vivirán en el mundo de Dios, no en el mundo que Satanás mantiene cautivo, y entenderán el verdadero conocimiento espiritual.

En esa época tendrán que escoger el camino de vida de Dios, o rechazarlo deliberada y conscientemente, con pleno conocimiento. Su elección determinará si recibirán vida eterna o si perecerán en el lago de fuego (Apocalipsis 20:15).

Esta será *su verdadera oportunidad* de conocer a Dios y recibir la salvación, porque anteriormente estaban apartados de Dios debido al engaño del diablo (2 Corintios 4:3-4; 1 Juan 5:19; Apocalipsis 12:9).

Cegados por Satanás, nunca pudieron comprender el propósito divino, pero cuando Dios los resucite vivirán en un mundo en el cual su verdad estará libremente disponible para todos (Jeremías 31:34; Isaías 11:9). Podrán reflexionar acerca del inmenso sufrimiento que el pecado ha causado a lo largo de la historia y podrán escoger un camino distinto, con pleno entendimiento de las consecuencias del pecado y del sufrimiento que trae. La mayoría de las personas harán la elección correcta y se someterán a Cristo como su Señor y Salvador; este camino, si lo escogen, las llevará a la vida eterna.

En Apocalipsis 20:12 se describe esta resurrección: “Y vi a los muertos, grandes y pequeños, de pie ante Dios; y los libros fueron abiertos, y otro libro fue abierto, el cual es el libro de la vida; y fueron juzgados los muertos por las cosas que estaban escritas en los libros, según sus obras”.

Dios resucitará a estas personas y después serán juzgadas de acuerdo con los patrones bíblicos, según la forma en que respondan al entendimiento espiritual que entonces habrán recibido por primera vez. (Si desea mayor información al respecto, le recomendamos tres folletos gratuitos: *¿Qué sucede después de la muerte?*, *Las fiestas santas de Dios* y *El cielo y el infierno: ¿Qué es lo que enseña realmente la Biblia?*)

El presente mundo malo no es justo y nunca lo será. Como hemos visto, es el mundo de Satanás, no el mundo de Dios. Pero Dios es perfectamente justo, santo, recto y misericordioso, y en su plan incluyó un tiempo en el que va a transformar al mundo y le va a dar a la humanidad la oportunidad de ser redimida. Cuando todo esto suceda, todo el sufrimiento será borrado.

En Apocalipsis 21:3-4 se describe el momento en que ya no habrá más sufrimiento: “Y oí una gran voz del cielo que decía: He aquí el tabernáculo de Dios con los hombres, y él morará con ellos; y ellos serán su pueblo, y Dios mismo estará con ellos como su Dios. Enjugará Dios toda lágrima de los ojos de ellos; y ya no habrá muerte, ni habrá más llanto, ni clamor, ni dolor; porque las primeras cosas pasaron”. ¡Qué palabras más alentadoras!

¿Qué debe hacer usted?

Actualmente, muchas personas tienen un concepto erróneo que también era muy común en los días de Jesús. En esa época la gente suponía que la salud y la riqueza de la persona eran un indicativo de su justicia o de su culpabilidad. Se creía que aquellos que tenían una vida cómoda y próspera habían sido bendecidos por Dios, en tanto que aquellos que sufrían de pobreza, enfermedades y otras adversidades habían sido maldecidos divinamente por sus pecados.

Jesús mencionó este concepto cuando la gente le contó acerca de una tragedia que había conmovido a los habitantes de Jerusalén. Bajo las órdenes del gobernador romano, varios hombres habían sido brutalmente asesinados mientras ofrecían sacrificios en el templo.

Jesús les preguntó: “¿Pensáis que estos galileos, porque padecieron tales cosas, eran más pecadores que todos los galileos? Os digo: No; antes, si no os arrepentís, todos pereceréis igualmente” (Lucas 13:2-3).

Para aquellos que escucharon las palabras de Jesús, era totalmente incomprendible que semejante tragedia pudiera ocurrir mientras alguien estaba haciendo algo bueno. No lograban comprender por qué Dios podía permitir semejante desastre.

Jesús les aclaró que nadie está exento de las altas y bajas de la vida. ¿La lección? A menos que nos arrepintamos, todos pereceremos. Luego reforzó esta lección con otro ejemplo: “O aquellos dieciocho sobre los cuales cayó la torre en Siloé, y los mató, ¿pensáis que eran más culpables que todos los hombres que habitan en Jerusalén? Os digo: No; antes si no os arrepentís, todos pereceréis igualmente” (vv. 4-5).

Tales muertes prematuras y trágicas fueron simplemente la consecuencia de estar en el lugar equivocado en el momento equivocado. Los fallecidos no eran más pecadores que otras personas, sino que fueron víctimas ocasionales de eventos fortuitos. Pero sí eran pecadores, y como ocurre con todos los pecadores, estaban destinados a morir.

Esto también se aplica a nosotros. Tal vez no seamos víctimas de la violencia o del colapso de un edificio, pero somos pecadores, y tarde o temprano nuestra vida llegará a su fin. Junto con entender esto, la advertencia de Jesús debería penetrar profundamente en nuestra conciencia: “*Si no os arrepentís, todos pereceréis igualmente*”.

Sabiendo que vivimos en un mundo lleno de miseria, en el que la tragedia puede ocurrir en cualquier momento, ¿no deberíamos tomar en serio la advertencia de Jesús de arrepentirnos y empezar a poner en armonía nuestra vida con la de él? Como Jesús le dijo al hombre al cual sanó de una enfermedad que había sufrido por muchos años: “. . . *no peques más*, para que no te venga alguna cosa peor” (Juan 5:14).

Cristo espera que nos arrepintamos y nos volvamos a Dios. De hecho, “Dios . . . ahora *manda* a todos los hombres en todo lugar, que se arrepientan” (Hechos 17:30). Sabiendo que nuestra vida es corta, sería mejor que nos concentráramos en las cosas que son más importantes para él. (Si desea estudiar más a fondo el tema del arrepentimiento, le recomendamos dos folletos gratuitos: *El camino hacia la vida eterna* y *Transforme su vida: La verdadera conversión cristiana*.)

Cuando uno sufre

Si usted está sufriendo, ¿qué debería hacer? ¡Lleve su problema delante de Dios en oración con fe, y pídale que le dé consuelo y fortaleza! En el libro de los Salmos leemos cómo en muchas ocasiones el rey David le pedía a su Creador que lo librara de sus aflicciones.

Uno de los propósitos de Jesucristo fue aliviar nuestro sufrimiento. Él no es ajeno al dolor, y les ofrece su consuelo, su ayuda y esperanza a todos aquellos que sufren. “Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar. Llevad mi yugo sobre vosotros, y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón; y hallaréis descanso para vuestras almas” (Mateo 11:28-29).

No debemos desanimarnos por el mal que domina al mundo. Saber que el sufrimiento ocurre por razones válidas nos ayuda a enfrentar la pregunta de por qué Dios lo permite, en primer lugar. Él es soberano y quien está al mando, y ha prometido liberar al mundo de su angustia, pero no ahora, sino cuando Cristo regrese para establecer el Reino de Dios. Jesús nos dice que debemos orar por la llegada de ese reino, perseverar en el camino de Dios y esperar pacientemente hasta que ocurra (Mateo 6:9-10; 24:13; Lucas 21:19). Solo entonces terminará toda aflicción.

En cuanto a usted y su vida, asegúrese de someterse a Dios en arrepentimiento genuino, tal como Jesús nos ordenó (Lucas 13:3, 5). Cuando Cristo vivió en la Tierra como Hijo de Dios, hace casi 2000 años, entendió que había venido a un pueblo que gemía por las injusticias y el dolor. Hablando de ese mundo, en Mateo 4:16 se nos dice: “El pueblo asentado en tinieblas vio gran luz; y a los asentados en región de sombra de muerte, luz les resplandeció”. Esa luz era Jesús mismo y la verdad de Dios que revelaba.

Jesús le dijo a la gente que su responsabilidad era volverse a Dios: “Arre-

pentíos, porque el reino de los cielos se ha acercado” (v. 17). Esto es lo que tenemos que hacer por encima de todo. No podemos evitar el sufrimiento en un mundo lleno de maldad, pero si nos volvemos a Dios podemos experimentar el consuelo y la esperanza de aguardar un mundo libre de dolor.

Las promesas de Dios deben infundirnos fortaleza, valor y esperanza. A pesar de las tribulaciones de esta vida, podemos experimentar gran gozo en el presente si vivimos de acuerdo a su voluntad y tenemos fe en su verdad revelada acerca del mundo que vendrá. Como hemos visto, Pablo explicó que los sufrimientos de esta vida no son nada en comparación con el glorioso futuro que disfrutaremos en el Reino de Dios (Romanos 8:18).

Ese mundo futuro será tan maravilloso, que en la eternidad infinita todo el dolor y el sufrimiento de hoy en día parecerán insignificantes y efímeros, aunque por el momento sean difíciles de sobrellevar. Como Pablo dijo en 2 Corintios 4:17-18: “Pues nuestras dificultades actuales son pequeñas y no durarán mucho tiempo. Sin embargo, ¡nos producen una gloria que durará para siempre y que es de mucho más peso que las dificultades! Así que no miramos las dificultades que ahora vemos; en cambio, fijamos nuestra vista en cosas que no pueden verse. Pues las cosas que ahora podemos ver pronto se habrán ido, pero las cosas que no podemos ver permanecerán para siempre” (Nueva Traducción Viviente).

¿Cuánto sabe usted acerca del cielo y el infierno?

Esta prueba le ayudará a evaluar su conocimiento al respecto:

1. ¿Enseña la Biblia que tenemos un alma inmortal que sigue consciente después de la muerte?
2. ¿Dice la Biblia que los malos serán torturados eternamente en las llamas del infierno?
3. ¿Declaró el apóstol Pedro que el rey David, un hombre "conforme al corazón de Dios", subió al cielo cuando murió?
4. ¿Muestra la Biblia que el galardón de los redimidos es ir al cielo?

¿Quiere saber cómo le fue en la prueba? La respuesta correcta a cada una de las cuatro preguntas es "no". Si se equivocó en alguna, no se sorprenda, pues todos hemos dado por sentado que tales enseñanzas se encuentran en la Biblia. Sin embargo, lo que realmente enseñan las Escrituras ¡es algo muy distinto!

Pero no nos crea a nosotros. Para encontrar la respuesta a la primera pregunta, solo tiene que leer Ezequiel 18:20 y Eclesiastés 9:5. La respuesta a la pregunta número 2 se encuentra en Malaquías 4:1-3. Y puede encontrar la respuesta a la pregunta número 3 en Hechos 2:29, 34.

Podrá encontrar la respuesta a la pregunta número 4, y respuestas a muchas otras incógnitas, en nuestro folleto *El cielo y el infierno: ¿Qué es lo que enseña realmente la Biblia?* Es sumamente importante comprender la verdad acerca de lo que sucede después de la muerte.

¿Cree usted que algunos de sus seres queridos pueden estar siendo atormentados ahora mismo en las llamas del infierno? ¿Acaso un Dios de amor y de justicia podría sentenciar a la gente a un tormento interminable en el fuego? En las Sagradas Escrituras se contestan estas y muchas otras preguntas de vital importancia.

Si usted desea recibir un ejemplar gratuito de esta publicación, sin costo ni obligación de su parte, solo tiene que solicitarlo a nuestra dirección más cercana a su domicilio. O, si prefiere, puede descargar el folleto directamente de nuestro portal en Internet www.iduai.org.



Otros títulos que pueden serle de interés:

- *¿Se puede confiar en la Biblia?*
- *¿Por qué existimos?*
- *La Iglesia qué edificó Jesucristo*
- *El supremo interrogante: ¿Existe Dios?*
- *Creación o evolución: ¿Importa realmente lo que creamos?*
- *Los Diez Mandamientos*

Si desea más información

Este folleto es una publicación de la Iglesia de Dios Unida, *una Asociación Internacional*. La Iglesia tiene congregaciones y ministros en México, Centro y Sudamérica, Europa, Asia, África, Australia, Canadá, el Caribe y los Estados Unidos.

Los orígenes de nuestra labor se remontan a la Iglesia que fundó Jesucristo en el siglo primero, y seguimos las mismas doctrinas y prácticas de esa Iglesia. Nuestra comisión es proclamar el evangelio del venidero Reino de Dios en todo el mundo, para testimonio a todas las naciones, enseñándoles a guardar todo lo que Cristo mandó (Mateo 28:18-20).

Consultas personales

Jesús les mandó a sus seguidores que apacentaran sus ovejas (Juan 21:15-17). En cumplimiento de esta comisión, la Iglesia de Dios Unida tiene congregaciones en muchos países, donde los creyentes se reúnen para recibir instrucción basada en

las Sagradas Escrituras y para disfrutar del compañerismo cristiano.

La Iglesia de Dios Unida se esfuerza por comprender y practicar fielmente el cristianismo tal como se revela en la Palabra de Dios, y nuestro deseo es dar a conocer el camino de Dios a quienes sinceramente buscan obedecer y seguir a Jesucristo.

Nuestros ministros están disponibles para contestar preguntas y explicar la Biblia. Si usted desea ponerse en contacto con un ministro o visitar una de nuestras congregaciones, no deje de escribirnos a nuestra dirección más cercana a su domicilio.

Absolutamente gratis

No solicitamos donativos al público. Sin embargo, gracias a la generosidad de los miembros de la Iglesia de Dios Unida y de otros colaboradores que voluntariamente respaldan nuestra labor, podemos ofrecer todas nuestras publicaciones gratuitamente.

Direcciones

Puede enviar sus comentarios, preguntas o solicitudes a cualquiera de estas direcciones:

Argentina: Casilla 118, Centenario, Neuquén

Bolivia: Casilla 8193, Correo Central, La Paz

Chile: Casilla 10386, Santiago

Colombia: Apartado Aéreo 246001, Bogotá D.C.

Estados Unidos: P.O. Box 541027,
Cincinnati, OH 45254-1027
Teléfono: (001) (513) 576-9796
Fax (001) (513) 576-9795

Guatemala: Apartado Postal No. 42- F,
Ciudad de Guatemala

Perú: Apartado 11-073, Lima
Apartado 923, Trujillo

Correo electrónico: info@ucg.org

Sitios en Internet: iduai.org

lasbuenasnoticias.org